

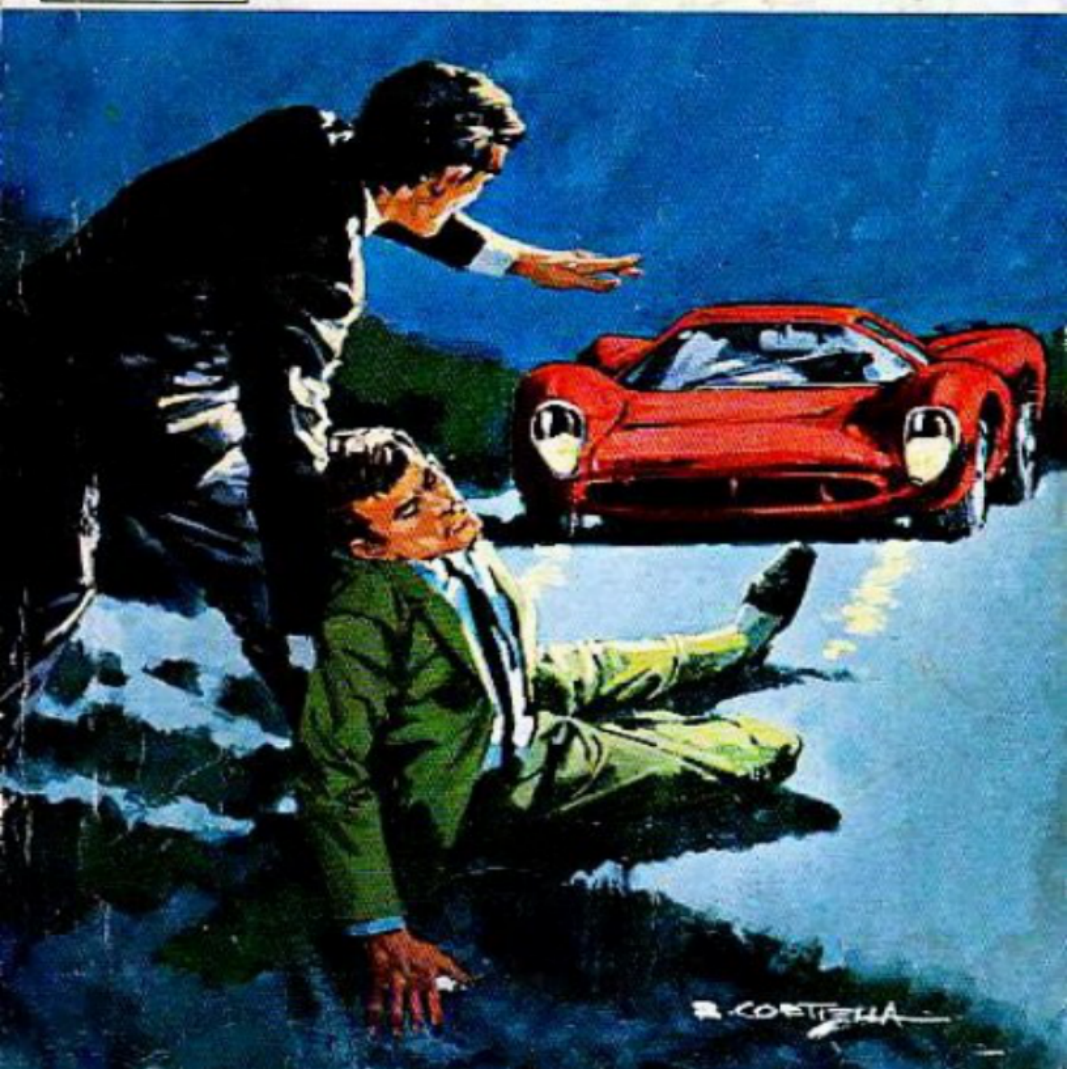
BOLSEROS BRUJERÍA

S
S

SERVICIO SECRETO

descapotable peligroso

vic logan



DESCAPOTABLE PELIGROSO

VIC LOGAN



Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.149

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



SS

SERVICIO SECRETO



Depósito legal B. 25.772-1972
Impreso en España -Printed in Spain
1ª edición: agosto-1972

© VIC LOGAN – 1972 *Texto*
© RAFAEL CORTIELLA – 1972 *Cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A.

Mora la Nueva, 2
Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.144. — ¿Se llama usted John, amigo?

En Colección PUNTO ROJO:

536. — Atentado

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír

En Colección SALVAJE TEXAS:

835. — Matanza en Valle Perdido

En Colección KANSAS:

741. — Cuatro para un rescate

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Pareja de damas para el vaquero

En Colección CALIFORNIA:

798. — En legítima defensa

En Colección COLORADO:

766. — Los salvajes de nuevo México.

PROLOGO

París, las tres de la madrugada.

LOS ojos del hombre de la gabardina recorrían centímetro a centímetro el lugar, como si se tratase de dibujar un plano que quedara grabado en su mente.

La calle era más bien estrecha.

En primer lugar estaba el Banco, que hacía esquina con la plazoleta. Frente al Banco estaba la tienda de objetos de regalo; era uno de esos establecimientos de lujo donde sólo pueden entrar los que están dispuestos a gastarse una considerable suma con el mismo desparpajo de quien se compra una cajetilla de cigarrillos.

Después de la tienda había una pequeña relojería, y a continuación un callejón que quedaba cerrado por una tapia que conducía a un descampado, perteneciente a una inmobiliaria. Todavía nadie trabajaba en él, pues los proyectos para la edificación estaban pendientes de ser aprobados.

A continuación, pasado el callejón se encontraba el garaje. Un gran aparcamiento subterráneo y taller de reparaciones.

Entonces estaba la calle transversal que bordeaba el descampado por la parte lateral del mismo.

El hombre fue recorriendo con la mirada la situación. Parecía medir con el cerebro cada metro del terreno.

Cruzó la calle, adoquinada, y se detuvo enfrente mismo del Banco. Se trataba de una sucursal. Los labios del hombre dibujaron una sonrisa.

Luego, siguió avanzando hasta la relojería.

—«No es problema» —pensó en voz alta.

A lo lejos, una pareja de gendarmes en bicicleta se acercaban, y el hombre se limitó a encender un cigarrillo, sin preocuparse de la presencia de los dos agentes, que siguieron su rombo.

Luego, el individuo siguió caminando por el callejón hasta llegar a la tapia que cerraba toda salida. Calculó la distancia entre la puerta lateral del garaje y la tapia.

—«Veinte metros» —volvió a pensar en voz alta—. Puede hacerse.

Se detuvo ante la entrada secundaria del garaje y observó la rampa que descendía hacia la parte de abajo.

A aquellas horas todo estaba oscuro, sólo una luz interior que procedía del aparcamiento, permitía adivinar la silueta de los coches allí depositados.

Desanduvo lo andado para volver a la calle principal.

Cruzó ahora por delante de la puerta principal del garaje.

El vigilante nocturno estaba detrás de una garita de cristal, leyendo un periódico.

El hombre lo imaginó con la estufa de butano a su lado, y una cafetera siempre a punto en el hornillo. Sonrió y siguió calle adelante.

Llegó a la esquina y, como si ya hubiese visto todo lo que tenía que ver, aceleró el paso hasta perderse en la siguiente travesía.

Después, en el silencio de la avanzada madrugada, se oyó el ruido de un motor al ponerse en marcha, un coche se perdió entre la neblina, semejante al «smok» de Londres.

* * *

A la misma hora, Jean Louis tomó su tercer whisky, mientras se anudaba la corbata. Miró en derredor.

La estancia donde se encontraba era pintoresca, por demás.

Reducidas sus dimensiones, había cama, mesa para comer, estante para libros, armario para los cacharros propios de una casa y muchas cortinas que contrastaban entre sí.

Había también un sofá, y todo ello en poco menos de nueve o diez metros cuadrados. Era el carromato de un circo.

En el sofá, con un corto camisón y la mirada enamorada, estaba una mujer. Ivone.

—¿Te vas? —inquirió ella.

—Ya te he dado la lata bastante rato —repuso Jean Louis, sin mirarla.

Toda la atención del hombre estaba concentrada en el espejo luminoso que tenía enfrente, y en el que se miraba mientras se ajustaba la corbata al vértice superior de la camisa.

—¡Jean....! Tú nunca me das la lata —repuso ella.

—Bueno... has terminado la función a las doce, y has tenido que aguardar hasta la una para que pudiéramos vernos... Debes estar cansada.

—Nunca estoy cansada cuando estoy a tu lado....

—Eres muy buena conmigo, Ivone. Yo, en cambio... soy un inconstante. Será porque tengo poco que ofrecerte.

—¿Qué te ocurre, Jean? Hace tiempo que te veo... no sé... cambiado. ¿Te van mal las cosas?

—Como siempre.

—¿Qué te pasa, entonces?

—Nada, Ivone... Déjame. Sería conveniente que estuviéramos una temporada sin vernos....

—Jean Dentro de tres semanas terminamos la temporada y estaremos varios meses sin vernos... ¿No crees que ya será suficiente separación...?

Él se volvió hacia la muchacha, concluyó su whisky y murmuró:

—¿Qué diablos has visto en mí, Ivone?

Ella no contestó. Su voz se hizo más dulce, al musitar:

—Sólo una palabra tuya, y yo... yo dejaría esto.

—El circo es tu vida... Dicen que eres una de las mejores funámbulas.

—¡Bah! Del montón, solamente... Yo tampoco he tenido mi oportunidad, pero no me importa... Desde que te conocí a ti, ya no me importa nada.

—Mi pobre Ivone —repuso él.

—Di que sigues queriéndome, Jean —le pidió ella en un susurro—. Dímelo, aunque no sea verdad....

El guardó silencio.

Ella comenzó a aflojarle el nudo de la corbata.

Jean Louis se resistió primero.

—Tengo... Tengo que irme —empezó—. Es tarde.

Pero luego él mismo se quitó la corbata, como si hubiese olvidado por completo la prisa y únicamente pensara en la mujer que tenía delante.

* * *

Ellos —Ivone y Jean Louis— permanecían silenciosos en el sofá, besándose, entregados al mutuo amor.

Y fuera, entre los carromatos de la compañía circense, en medio del silencio de la hora, una sombra estaba pegada al carruaje, en lo alto de los tres escalones que daban acceso a la puerta.

Era un hombre el que observaba por el ojo de la cerradura, envidiando aquella escena de amor que en el interior estaba teniendo lugar.

* * *

Eran las tres y media de la madrugada cuando Pierre Delorme, tipo

cuarentón, de aspecto insignificante y con gruesas gafas que corregían su miopía, terminó de hacer unos cálculos en la mesa que le servía para comer, en el pequeño apartamento amueblado que ocupaba.

En derredor, todo era viejo, humilde.

Una cama antigua, una cocina gastada, muebles desvencijados, el armario y la mesa... Todo en una habitación.

El hombre se quitó las gafas y entornó los ojos para limpiarlas con un blanco pañuelo.

Volvió a colocárselas y repasó las cuentas que había efectuado.

—Algo más de un millón... —murmuró—. No está mal... Un millón de francos nuevos....

Miró en derredor y observó toda la estancia.

—Pronto terminará todo esto —comentó—. Estoy harto... harto de vivir así... harto de esta maldita soledad... Pero un millón... un millón puede cambiar mi vida... Es un buen momento para empezar de nuevo.

Y fue hacia el teléfono. Marcó un número y aguardó a que contestaran.

—Sí... soy yo —musitó—. Sé que es tarde pero todavía no me he puesto en la cama....

Del otro lado le contestaron algo. El hombre de las gafas sonrió.

—Tiene que ser mañana. Sí. Mañana es el mejor día. Lo he decidido... Todo saldrá bien....

Aguardó a que su interlocutor le dijera algo, y luego siguió:

—Seguiremos con el mismo plan. No te olvides de ningún detalle. ¿De acuerdo?

Luego, colgó y sonrió.

Sí. Estaba seguro de que todo iba a salir bien.

CAPÍTULO PRIMERO

ERAN cerca de las ocho de la mañana cuando el hombre de las gafas entró en el Banco.

Era Pierre Delorme, el cajero de la sucursal. Llegaba puntual como siempre, el primero de todos. Un empleado modelo, el más antiguo de la sucursal, un cajero respetable y respetado.

Fue hacia el vestuario para cambiar su chaqueta por otra más vieja y se dirigió a la garita tras la cual atendía los ingresos y los pagos. También se encargaba de los libros, que alguna que otra vez tenía que llevarse a casa para completar su trabajo de empleado modelo.

Dentro de poco llegaría el director, abriría la caja y le entregaría el dinero para las operaciones del día.

Pierre tenía un aspecto completamente normal.

Pierre sabía que aquel no iba a ser un día muy «normal» precisamente....

A la misma hora, Jean Louis salía apresuradamente del carromato de Ivone. Ella se había enfundado un batín casi tan corto como el camisón que lucía la noche anterior.

—Voy a llegar tarde —dijo él, besándola.

—¿Volverás esta noche?

—No querida. Esta noche... esta noche no va a poder ser. Yo....

—¿Hay otra mujer, verdad? —inquirió ella.

No había tiempo de explicarle nada. Jean Louis tenía que apresurarse para no llegar tarde al trabajo; últimamente no había sido demasiado puntual, y temía las iras de su jefe.

—Te llamaré por teléfono —dijo él, ya para despedirse.

Uno de los guardas del circo asomó un instante entre dos carromatos.

Era el mismo que la noche anterior había estado mirando, por el ojo de la cerradura, el carro de Ivone.

El hombre miraba con odio a Jean Louis en el momento en que el joven daba el último beso a la muchacha para alejarse definitivamente.

Y Jean Louis corrió, raudo, hacia su motocicleta, que había dejado en el mismo descampado, detrás de una barraca.

El guardián del circo se aproximó entonces al carruaje de Ivone, la cual seguía todavía en la puerta.

Asomó un momento, y ella apenas se dio cuenta de su presencia porque su mirada estaba puesta en la barraca tras la cual se hallaba Jean Louis, y ella pensaba en Jean Louis. Ahora aguardaría a verle salir para agitar su mano con cierta tristeza, porque ella presentía algo, una mujer enamorada siempre presente cuándo el hombre amado tiene problemas... Y Jean Louis debía tenerlos.

Sus pensamientos, sin embargo, se vieron bruscamente interrumpidos por la aparición del guardián.

—Ivone... —susurró el hombre.

—¡Oh! ¿Estabas ahí, Claude? ¿Qué quieres?

El hombre se movió como un felino. Sus ademanes eran cautos y ágiles al mismo tiempo.

Subió un par de peldaños y reprochó:

—lías pasado la noche con él.

—¿Y qué puede importarte a ti esto, Claude? —repuso ella, airada.

Le molestaba aquel individuo.

Se aproximaba a la cincuentena, pero no era la edad lo más fastidioso de su rostro arrugado, de su expresión babosa. Era él... Su forma de mirarla, como si se tratara de una presa sobre la que estaba dispuesta a saltar de un momento a otro.

—Conmigo nunca quieres hablar, Ivone. Yo... Yo soy tu más ferviente admirador, y tú... tú nunca me haces caso.

Ella renunció a seguir esperando la marcha de Jean Louis. Le molestaba la presencia de Claude, y quiso eludirla entrando en su carro.

—¡Oh, déjame en paz!

En un ágil salto, el guardián se colocó a su lado. La asió por los brazos, en el mismo umbral de la puerta.

—Espera... Sólo unos momentos. Me gustaría... me gustaría tomar el café contigo. Aquí dentro, en tu carro.

Sé que es el mejor de todos. Huele a tu persona. Todo está impregnado de tu perfume.

—Estás loco, Claude, déjame....

Era el instante en el que Jean Louis salía con la motocicleta.

Ivone forcejeaba con aquel hombre, que intentaba dominarla.

Jean Louis se volvió maquinalmente, y a lo lejos vio la escena del forcejeo. El ruido del motor de la motocicleta le impedía oír las exclamaciones de Ivone, que seguía mascullando:

—Te he dicho que me dejes, Claude. Suéltame ya. Te estás poniendo pesado....

—No. No te soltaré, Ivone. Esta vez no te soltaré.

Y el tipo babeaba, mirándola como una presa, una presa que al final iba a ser suya.

Jean Louis dudó sólo una fracción de segundo. Aunque tenía prisa, comprendió que ella estaba en un apuro. Ya le había hablado, de pasada, alguna vez de aquel hombre... Volvió la motocicleta hacia el carromato.

Allí Claude quería empujar a la chica hacia dentro.

—No me rechazarás. No me rechazarás —seguía.

—¡Basta, basta! —exclamaba ella, intentando quitarse de encima a aquel pelmazo con tan pésimas intenciones.

Jean Louis saltó de la moto, cuyo motor dejó en marcha. Subió rápidamente los peldaños para librar a Ivone de aquel tipo.

El guardián Claude se revolvió al comprender lo que iba a ocurrir, y soltó una patada a Jean Louis, a quien alcanzó de refilón, pero con fuerza suficiente para hacerle caer de nuevo abajo.

—¡No! —gritó ella, temiendo por la integridad del joven.

Jean Louis se incorporó rápidamente y murmuró:

—Bueno, amigo. Tú te lo has buscado.

El otro saltó sobre él como una fiera hambrienta, pero aquella vez el joven esquivó la acometida, y el otro cayó al suelo, aunque se levantó, ágil y agresivo.

Jean Louis le aguardaba y, antes de que su antagonista pudiera alcanzarle con el directo que le disparó soltó un potente gancho, que lanzó al individuo contra la escalera.

Al caer al suelo, sus huesos crujieron, pero se incorporó nuevamente.

—¿No tienes ya bastante? ¡Vamos, largo ya! —espetó Jean Louis.

El guardián se abalanzó sobre él, con los brazos extendidos, intentando sujetarle el cuello.

Jean Louis le detuvo a tiempo, y le soltó un directo en el estómago. El otro se inclinó hacia adelante, y el joven le enderezó con otro tremendo impacto en el rostro.

El guardián se tambaleó y fue a caer sobre la moto.

Hombre y vehículo quedaron en el suelo.

—Maldita sea. Si me has estropeado la moto, te acordarás, diablo de perturbado. Levantó al hombre de un manotazo, pero el guardián, jadeante y con suficiente castigo en el cuerpo, se alejó corriendo.

Ivone bajó rápidamente la escalerilla para reunirse con Jean Louis.

—¿Estás bien?

—Yo sí. Pero ése... ¿Para qué le tenéis aquí? Deberían echarle. Espero que no vuelva a molestarte.

—Si aviso al director le echarán. Me sabe mal porque es un desgraciado....

—Pues síguete teniendo compasión, y verás lo que te ocurre. Esa gente tiene muy malas ideas.

Había enderezado la moto, y trató de poner el motor en marcha.

—¡Vaya! Algo va mal. Me lo temía.

—¿Se ha estropeado?

—No es nada, que no pueda arreglar, pero tengo el tiempo demasiado justo... — intentó de nuevo poner el vehículo en marcha, pero seguía fallando.

—Tendré que tomar un taxi. Esta noche vendré a recogerla. Voy a necesitar todo un día para arreglar a fondo este cacharro. Lo está pidiendo a gritos. Apenas se aguanta. Si pudiera comprarme un coche, pero uno se mete en deudas, y no sabe cómo salir de ellas. La voy a dejar aquí, espero que no moleste. Esta noche la recogeré.

El rostro de Ivone se iluminó.

—Entonces... vendrás.

—Sólo a recoger la moto. Adiós, Ivone, guárdate de ese perturbado.

Salió a escape.

El guardián se estaba refrescando con agua de un tonel.

Al ver al joven correr hacia la calle, le miró con odio.

—Te acordarás de esto. Te acordarás.

Otro servidor del circo se aproximó a Claude, y le miró en silencio. Era un buen amigo suyo, y presintió lo que había pasado. Claude le devolvió la mirada, y luego ambos clavaron sus ojos en Jean Louis, que ya se perdía en la calle, gritando desesperadamente para que algún taxi libre se detuviera. Por más que corriera, iba a llegar tarde al trabajo.

Jean Louis trabajaba en el garaje de la encrucijada, junto al Banco, la tienda de objetos de regalo y la relojería.

Sí. Llegó diez minutos tarde.

Capítulo II

CUANDO Jean Louis bajó del taxi, el dueño del garaje estaba en la puerta.

Fugazmente, el joven vio también a Claire.

Claire era la dependienta de la tienda de objetos de regalo. Una muchacha muy elegante, hermosa, que sabía cuidarse, tenía clase. No le dijo nada, pero adivinó la mirada de reproche que desde el escaparate que estaba arreglando, ella le dirigió.

Apenas entró en el garaje, tuvo que enfrentarse con su dueño.

—¿Qué pasa, Jean Louis? ¿Otra vez se te han pegado las sábanas? Últimamente, le tienes mucho cariño a la cama. No debes dormir lo suficiente. Es malo no saber cuidarse.

—Lo siento, señor Clermont. Se me ha estropeado la motocicleta. Hoy hubiera llegado a tiempo. He tomado un taxi.

—Siempre tienes una excusa u otra. Vamos, vamos hay mucho trabajo. Hoy vendrán a buscar ese coche americano, y todavía no está a punto.

—Es que había más trabajo del que parecía, señor Clermont, pero su propietario ya está advertido. Yo no le aseguré que lo tuviera hoy....

—Nada de excusas. Ese tipo es un buen cliente, y hay que tenerlo contento. Termínalo como sea.

—Sí, señor. Voy a cambiarme ahora mismo.

Bajó la rampa para dirigirse a su trabajo, mientras el patrón sacudía la cabeza de un lado a otro, reprochando el comportamiento del mecánico. En aquel momento entró otro cliente importante. El propio Clermont le saludó muy ceremoniosamente:

—Buenos días, señor Lambert.

Jerry Lambert era americano, y llevaba un aparatoso descapotable de la firma «Ford». Era uno de los últimos modelos, ostentoso y caro.

Tras el volante del automóvil, Jerry Lambert agitó la mano y descendió la rampa para dejar el auto aparcado donde solía hacerlo siempre.

Jean Louis salió, abrochándose el mono de trabajo.

—Buenos días, señor Lambert.

—¡Hola, muchacho! —sonrió el otro, saliendo del auto y jugueteando con las llaves, que terminó arrojando para que el mecánico las recogiera

al vuelo.

—¿Va a dejar el coche aquí? —repuso Jean Louis, guardándose el manojito de llaves.

—Sí, para unos días; me voy a Nueva York esta noche en el avión. Estaré una semana ausente, pero quiero que todas las mañanas me limpies el coche como si tuviera que salir a la calle. Quiero que reluzca siempre. ¿De acuerdo?

—¡Oh, sí! De acuerdo.

—Sé que tú sabes cuidarlo. ¡Ah! Y nada de salir a dar paseos por tu cuenta, ¿eh?

—No, señor Lambert. Yo nunca tomo los coches de los clientes.

—Así me gusta, muchacho, cada cual debe conformarse con lo que tiene. Ahí va algo para tus gastos.

Sacó algún dinero, y lo tendió a Jean Louis para agitar la mano en señal de despedida.

—Hasta dentro de una semana, y no olvides tener el coche siempre reluciente. Esto es como una joya.

—Lo cuidaré como si fuera mío —repuso el joven.

El americano enfiló la rampa, mientras Jean Louis se volvía hacia el «Ford».

Era realmente un coche impresionante. Muy impresionante. Lo acarició como si de verdad se tratase de una joya... o acaso de una mujer hermosa.

Tan hermosa como la dependienta de la casa de objetos de regalo: Claire.

* * *

Y Claire estaba en la cafetería, comiendo frente al propio Jean Louis. Su actitud era fría, desabrida.

El trató de animar la cosa:

—Lo siento. Anoche me fue imposible acudir a nuestra cita. Donde estaba, no había teléfono para poder avisarte.

—Eres muy galante. Jamás nadie se ha atrevido a tanto. ¡Dejarme plantada! Tengo amigos más formales que tú. Que saben apreciar a quien llevan a su lado... Soy una estúpida, haciéndote caso. Ni siquiera sé qué hago sentada a esta mesa... como una idiota.

—Por favor, Claire, sé razonable.

—¿Razonable? ¿Tú crees que no tengo razón?

—Bueno, sí. Quizá la tengas. Ahora ya no puedo remediarlo, pero esta noche será distinto.

—Si crees que estoy dispuesta a que me des otro plantón....

—No. No te daré ningún plantón. Mira, saldré a las seis como siempre... iré a casa, me cambiaré de ropa e iremos adonde tú quieras....

—Hoy es viernes —recordó ella.

—Lo sé.

—¿Pasarás conmigo el fin de semana?

—Me gustaría —sonrió él.

—Mira que si vuelves a darme esquinazo, no intentes volver a pedirme que salga contigo.

—Descuida.

—Entonces, iremos a la costa.

—¿Eh?

—A Deauville. Me encanta en esta época del año. El casino está abierto....

—No es que no me guste la idea, pero podríamos ir a un lugar más sencillo. Yo no soy millonario.

—Me lo debes, Jean Louis.

—Bueno, yo....

—Es sólo una vez. ¿Por qué no podemos hacer como los demás?

—Tú sueñas en grande, Claire. En el fondo, yo pienso como tú. También me gustaría, pero tengo un sueldo que ha de durarme toda la semana.

—Bueno, si te parece caro.

—Nada de caro, cuando estoy contigo. Si no vamos a Deauville, iremos a otra parte, pero lo pasaremos bien, te lo aseguro.

—¿Te llevarás el coche?

—¿El coche?

—Jean Louis... Ese americano... el del «Ford» último modelo ya sabes, es cliente vuestro.

—¡Oh, no, Claire! Esto no lo sueñes.

—Escucha, cabezota; cuando entré en el Banco para hacer un depósito de la tienda, él estaba allí, cobró unos cheques y dijo que se iba a los Estados Unidos. Que pasaría varios días allí. Es una buena ocasión.

—Pero imagínate que sucede algo al coche. Es una responsabilidad.

—No tienes espíritu, Jean Louis. ¿Qué diablos puede ocurrir? Tú tienes permiso de conducir, y eres un buen chófer.

—No, Ivone, con el «Ford» no lo pienses. En todo caso, si mi jefe no necesita la furgoneta....

—¡La furgoneta! ¿Dónde vamos a ir en una furgoneta de reparto? ¡No! Búscate a otra, pero en la furgoneta no voy a ninguna parte.

Eran las dos cuando el joven había vuelto a su trabajo, y pensaba en sus problemas.

Sus problemas llevaban faldas.

De un lado, estaba Ivone, la bonita y sencilla funámbula del circo. Una muchacha que le adoraba, y él lo sabía.

De otro lado estaba Claire, la de la tienda. Tenía más clase, era más... más deseable... quizá por lo inaccesible que resultaba a menudo. Sin embargo, era mucho más ambiciosa. Claire no se conformaba con un beso ni con que le hicieran el amor, ella quería más. Quería lucir, necesitaba ser admirada, y nunca le bastaban las cosas sencillas.

Pero Claire tenía gancho, y Jean Louis estaba envuelto en sus redes.

También él podía tener las chicas a montones, las tenía, pero Claire era como su talón de Aquiles....

Miró el «Ford».

Sí. Realmente nadie tenía por qué saber que él lo había tomado para pasar el fin de semana. Sin embargo....

—Nunca he hecho una cosa así... —pensó en voz alta.

Algo interrumpió pronto sus pensamientos. Algo que a las dos y cinco minutos exactamente, estaba ocurriendo en el Banco.

Un hombre enfundado con una gabardina. El mismo que la noche anterior estuvo recorriendo aquel sector de la calle, acababa de entrar en el establecimiento bancario. Llevaba el sombrero muy calado, y el ala hacia delante, ocultándole considerablemente su fisonomía.

Era un atracador que no vaciló en encañonar al cajero señor Delorme.

—Todo el dinero. No me obligue a disparar —ordenó.

Y Pierre Delorme parecía tenerlo todo en la caja a punto para que el asaltante se lo llevara.

—¡No puede hacer esto! Este dinero pertenece al Banco —dijo, alzando la voz.

Todos le oyeron.

Pero el atracador amartilló el revólver.

—Lo cogeré, de todos modos. No quiera hacerse el héroe.

Pierre Delorme cerró la pesada caja y la empujó hacia el atracador.

—Ahora que nadie se mueva. Si asoman por esa puerta antes de cinco minutos, comenzaré a disparar.

No había ni un solo cliente, únicamente los empleados de la sucursal. Eran seis en total, incluido el propio cajero.

El atracador retrocedió, llevando con una mano la pesada caja; la otra seguía encañonando a los empleados.

El cajero avanzó la mano derecha hacia el timbre que tenía sobre el mostrador.

El atracador disparó, deliberadamente alto.

—No intente dar la alarma.

Alguien gritó, una mujer, una mecanógrafa.

El atracador salió a la calle y en breves momentos alcanzó el callejón sin salida. Se aproximó a la tapia, sin que nadie hubiese reparado en él.

En el Banco, el cajero marcó un número de teléfono.

—No salgan. No se expongan. Yo llamaré a la policía.

Todos estaban aterrados. En la sucursal nunca había ocurrido nada parecido.

Y el atracador, junto a la tapia, arrojó la caja al otro lado, y luego, rápidamente, bajó por la puerta lateral del garaje en dirección al departamento donde se hallaban aparcados los automóviles.

Fue directamente a uno determinado. Era un auto corriente de la firma «Peugeot».

—¡Eh! ¿Qué hace? —gritó Jean Louis, al ver al tipo introducirse dentro del coche.

Corrió hacia él.

El atracador estaba ya dentro, y trató de cerrar la puerta para poner el coche en marcha.

Jean Louis lo impidió.

El otro buscó el revólver en su bolsillo.

Jean Louis forcejeó con él.

El atracador consiguió sacar el revólver.

El joven logró desviar su brazo, en el momento en que el otro disparaba.

El balazo pasó rozando el rostro del muchacho, que no por ello se arredró.

—Maldita sea —luchó con fuerza, y consiguió retorcerle el brazo de modo que el otro soltara el arma.

Jean Louis se inclinó para recogerla, pero el ladrón aprovechó para soltarle una patada que al alcanzar al mecánico, le derribó.

Este sólo permaneció un par de segundos en el suelo, pero fueron suficientes para que el ladrón pusiera en marcha el coche, y cuando se aproximaba el dueño y uno de los guardas, tuvieron que saltar para no ser atropellados por el fugitivo, que pisó a fondo el acelerador, y desapareció por la rampa principal.

Jean Louis tuvo tiempo de iniciar una carrerilla en pos del fugitivo, pero era demasiado tarde para alcanzarle.

—¡Le seguiré, con cualquiera de los coches! —exclamó.

—¡Un momento! —gritó el patrón. —Ya ha hecho bastante, muchacho. Este sujeto es demasiado peligroso. Y con mi furgoneta, no alcanzaría ese «Peugeot». Llamaremos a la policía. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí.

El revólver estaba en el suelo. Jean Louis se inclinó para recogerlo.

—No lo toque. Seguramente, la policía querrá comprobar las huellas. Yo mismo voy a llamar. Se ha, portado usted muy bien. ¿Podrá reconocer a ese tipo?

—Entre un millón. Seguro —aseguró Jean Louis.

La policía compareció diez minutos más tarde, y estuvo interrogando al personal del Banco, y luego a Jean Louis, que describió al atracador:

—Era un tipo de unos cuarenta años. Más bien enjuto. Llevaba bigote. Sus ojos eran grises. Lo tuve muy cerca aunque no tanto como la bala que calentó mi mejilla. Si me descuido....

—Se arriesgó usted mucho. Gracias, amigo. Ha hecho usted un buen trabajo... La pistola y su descripción pueden servirnos de mucho. ¿Le importará ojear tinas cuantas fotos de nuestro álbum familiar? Puede que demos con ese tipo.

—Bueno, el caso es que esta noche tengo una cita y....

—No le molestaremos mucho tiempo —aseguró el policía.

El patrón del garaje intervino:

—Puedes irte ahora, si lo deseas. Así tendrás tiempo para todo. Hoy, te lo mereces.

—Gracias, patrón.

—Bien. Vístase. Dentro de diez minutos nos iremos a la comisaría.

Jean Louis todavía encontró tiempo para entrar en la casa de objetos de regalo.

Naturalmente, Claire estaba al corriente de lo sucedido.

—Me voy con los policías —dijo el joven. ¿Quieren que trate de identificar al atracador? Espero que no me entretenga mucho, pero nuestra cita sigue en pie.

—¿Cuánto dinero ha conseguido ese ladrón? ¿Lo sabes? —preguntó ella.

—He oído decir que se llevó más de un millón.

—Un buen pellizco. Con un millón de francos, se pueden hacer muchas cosas —murmuró ella.

—Ese no podrá disfrutarlos. Verás cómo lo pescan en seguida.

Y Jean Louis salió de la tienda. El policía le esperaba para llevárselo a mostrarle aquel *álbum familiar*.

El cajero Pierre Delorme tenía una cara de total abatimiento. Nadie podía sospechar que, bajo aquel triste aspecto, se ocultaba la doble personalidad del hombre que había planeado concienzudamente el golpe.

—Nadie podrá sospechar de mí, nadie —pensó, en un susurro.

Capítulo III

APENAS una hora después del atraco, Jean Louis, en el puesto de policía, señalaba la fotografía del hombre fichado que tenía ante él, en dos actitudes distintas: de frente y de perfil.

—Este es. Estoy seguro.

El inspector tomó el álbum y murmuró:

—Lo que me figuraba. Es Anastas, *el Imperturbable*. —Y pasó la fotografía a sus hombres.

—Hacía tiempo que no nos daba guerra —comentó uno.

Y otro preguntó.

—¿Cuánto tiempo hace que salió de la cárcel?

—No más de un año —repuso el inspector—. Debe estar viviendo a costa de sus amigos hasta que decidió dar el golpe. Su forma de actuar concuerda perfectamente. ¡Muchachos! Ha llegado el momento, de entrar en acción. Hay que avisar a todas las salidas. Todos preparados para la búsqueda. No hay que darle tregua. Gracias por todo, amigo —añadió, dirigiéndose a Jean Louis—. Su ayuda nos ha sido muy valiosa.

—¿Puedo irme ya?

—Sí. Deje sus señas. En cuanto le echemos el guante a Anastas, le necesitaremos para que le identifique personalmente.

—Sí, señor.

Jean Louis salió del puesto de policía. Era más temprano de lo que esperaba, y pensó que tenía tiempo de ir a recoger su motocicleta y pasar unos momentos con Ivone, antes de reunirse con Claire.

Ivone estaba actuando en la función de tarde. Jean Louis tenía siempre invitaciones en el bolsillo que, por otra parte, no le hacían falta, pues los porteros le conocían bien.

Entró para ver parte del espectáculo, ocupando un asiento del tendido bajo la carpa circense.

Uno de los empleados, amigo del guardián, le vio y se deslizó por la parte trasera de los bancos hasta reunirse con otro.

Era un enano, que en tiempos había formado parte de una «troupe» de equilibristas liliputienses. Ahora estaba solo, sin compañía, y tenía que realizar el trabajo que surgiera, como ayudante entre los servidores del circo.

—Avisa a Claude. Está aquí aquel tipo —dijo el que le había visto

entrar.

El enano, obediente, corrió hacia el exterior para avisar al cejijunto guardián.

En cuanto el perturbado supo que Jean Louis estaba allí, sonrió:

—Cuando termine la función, irá a ver a Ivone. Esperaremos. Avisa a Pietro y a los otros. Se acordará de lo que me ha hecho esta mañana.

Y el enano acudió nuevamente a cumplir el encargo.

La función seguía.

Ivone actuaba con la sombrilla a media docena de metros del suelo, mostrando un perfecto equilibrio sobre la cuerda floja. No titubeaba ni un solo momento, al andar por tan escaso espacio.

Vio a Jean Louis, en pleno ejercicio, y agradeció su presencia, remarcando la sonrisa que siempre iluminaba su rostro. Continuó su número.

La concurrencia aplaudió, al terminar su paso por la cuerda. Luego, ella evolucionó, saltando con habilidad y mostrando su increíble equilibrio.

Jean Louis pensó que era una artista con más categoría que la que tenía aquel modesto circo.

Se dijo que él también podía aspirar a más, y sin embargo, continuaba con aquel empleo, en el que siempre andaba justo de dinero.

Claro que la culpa no era únicamente del sueldo, sino de su afición a gastar alegremente los francos que cobraba y sobre todo de lo que le costaba su amistad con Claire.

La comparó, una vez más, con la funámbula.

¡Eran tan distintas las dos!

Ivone representaba el amor... desinteresado, puro La otra... la otra era «otra cosa».

Salió cuando ella hubo saludado por última vez, tras los aplausos que pusieron término a su intervención.

Se reunieron en el carromato. Ella iba a cambiarse de ropa.

—Gracias por haber venido. Si quieres ir a algún sitio... Esta noche la función empieza a las diez. Tenemos tiempo de....

—No, no. Verás, tengo un trabajo... extraordinario. Sólo vine a recoger mi motocicleta y....

—¡Ah! Al menos, eres sincero —sonrió ella, decepcionada.

—Bueno al mismo tiempo pensé que me ofrecerías un whisky, y charlaríamos un rato. —Has venido por la motocicleta y por «mi bar».

—No es eso....

Ella guardó silencio. Prefería no hacer preguntas. Sólo al final, cuando se hubo cambiado y le ofreció el whisky, murmuró:

—El patrón ha decidido adelantar la salida. Nos vamos dentro de tres

días.

—¡Ah!

—Tal vez tardemos en volver a vernos.

Él tomó su whisky en silencio.

—Bueno. Después del fin de semana, pasará por aquí.

—¿No te veré estos días?

—No puedo... De veras.

—Comprendo.

Fuera, cerca de unos carros, Claude había reunido a sus hombres. Eran cinco en total, incluyendo al propio Claude y al enano. Todos aguardaban con estacas. Esperaban a Jean Louis, desde luego.

Jean Louis salió poco después de las seis. Ella llevaba una gabardina sobre un traje que relucía como la plata. Hasta ellos llegaba el eco de la música del penúltimo número. —Tengo que ir a saludar —murmuró.

—Bueno... Hasta dentro de un par de días, ¿eh?

—Cuando quieras, Jean Louis —murmuró ella tristemente.

El la vio avanzar hacia la entrada trasera de la lona, luego bajó lentamente la escalera y fue hacia la motocicleta. La enderezó y la hizo correr a mano.

Fuera del descampado tenía la furgoneta que le había prestado su patrón. Con ella llevaría la motocicleta hasta el garaje, la dejaría allí para repararla con calma, y se iría en busca de Claire, de acuerdo con el plan.

Pero el plan iba a sufrir cuanto menos un retraso porque Claude y los otros estaban aguardando aquel momento en que el joven estuviera a solas.

Apenas cruzó por delante de los carros donde los otros permanecían escondidos, comprendió que le habían tendido una emboscada.

Vio al enano. Dejó la moto y se revolvió, al presentir la presencia de uno de los tipos armados con estacas.

Pudo esquivar el golpe que el individuo descargó contra su cabeza. La estaca le pasó rozando.

Jean Louis le clavó el puño en el abdomen y se puso en guardia para evitar a los que se le venían encima.

Otro bastonazo le alcanzó en el brazo, pero pudo asirse a la estaca y tirar con fuerza para desarmar a su atacante.

Claude permanecía a la espera de poder atacar de forma certera.

El enano, con buena habilidad, intentó dar en las piernas del joven que, saltando, evitó el golpe revolviéndose hacia otro de sus atacantes.

Sus puños fuertes y poderosos, daban buena cuenta de los emboscados.

El enano salió empujado con un puntapié en el pecho.

—Vais a acordaros de esta noche, amigos. Habéis elegido mal momento —espetó Jean Louis, y siguió golpeando a diestro y siniestro.

Un buen directo consiguió dejar fuera de combate a uno de sus enemigos.

Pero quedaban cuatro.

El enano cogió un pedrusco y lo arrojó con furia. Jean Louis pudo esquivar y la piedra dio a otro, que perdió el sentido.

Quedaron dos.

Dos, porque Claude permanecía oculto, esperando su oportunidad.

El enano continuaba defendiéndose con piedras, mientras Jean Louis la emprendía a garrotazos con su otro enemigo, esgrimiendo la estaca de uno de los que habían quedado sin sentido.

El otro, al ver que tenía las de perder, optó por huir.

Jean Louis retrocedió hacia el final del carruaje, tras el cual estaba escondido Claude.

El enano, solo ante Jean Louis, permaneció inmóvil, sin atreverse a atacar.

Claude se preparó para golpear a traición al joven, que estaba ya muy cerca del otro e ignoraba el peligro que se cernía a su espalda.

El enano dio un paso adelante para preparar la acción de Claude.

Jean Louis hizo un movimiento para esquivar el pedrusco que su liliputiense enemigo llevaba en la mano.

Tras el joven surgió Claude, dispuesto a golpearle con la estaca. No era un palo como los demás. Era una barra de hierro.

Instintivamente, Jean Louis se apartó a tiempo. Claude descargó el golpe con toda su furia.

El mecánico pudo evitar el impacto, que, al apartarse recibió de lleno el enano.

Le había alcanzado en la cabeza. Un golpe seco, y en seguida un chorro de sangre manó de su cabeza.

Claude observó, horrorizado, la escena. Jean Louis le sujetó, retorciéndole el brazo, y obligándole a soltar el arma de hierro.

—¿Has visto lo que has conseguido?

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —gritó el otro.

—No tengo tiempo ahora. Vosotros os apañaréis con la policía... ¡Vamos! Muévete. Hay que llevar al enano al hospital.

Le soltó, y Claude echó a correr, dejando solo a Jean Louis con el inconsciente, que seguía inmóvil.

Se inclinó hacia él, y buscó su pulso. No lo encontró.

Los latidos del corazón habían cesado. El enano estaba muerto.

En el interior del circo, la gente aplaudía a los artistas, que saludaban al final del espectáculo.

Lentamente, los que habían intentado agredir a Jean Louis, se acercaron.

Era una escena patética. Nadie hablaba.

Jean Louis se incorporó.

—Vuestro amigo le ha matado. Quería asesinarme a mí. Tendrá que responder de esto.

Se alejó. Ya nada podía hacer allí, excepto perder su tiempo, y había perdido demasiado.

Uno de los amigos de Claude se le acercó.

—Claude... Tú no quisiste hacerlo, pero esto traerá complicaciones. Vete....

—Maldito bastardo. Él tiene la culpa. —Y señaló a Jean Louis, que había cargado la motocicleta en la furgoneta, y se alejaba.

—Vete, Claude... Diremos que... le apalearon unos gamberros.

Claude miró al enano.

—Wendy era amigo mío —dijo—. Un buen amigo. Yo... yo....

—Vete, Claude. Tengo a un amigo en Deauville. Se llama Mercier. Dile que vas de mi parte. Días atrás, me dijo que necesitaba a alguien para no sé qué. Márchate. Date prisa.

Los ojos de Claude se volvieron pequeños, rabiosos.

—Jean Louis me las pagará. El enano ha muerto, y él morirá también. Morirá — sentenció.

Capítulo IV

EL cajero de la sucursal del Banco, Pierre Delorme, dio la vuelta a la calle y entró en el descampado.

Se aproximó a la tapia y buscó entre los hierbajos que crecían por el lugar.

No le costó demasiado encontrar la caja que horas antes había arrojado el atracador. Estaba medio oculta y los mismos cascotes y desperdicios allí amontonados la disimulaban. Nadie hubiese podido suponer que el producto del robo estuviese tan cerca del Banco, entre la basura de aquel desmonte.

Metió la caja en una maleta, y dio otra vez la vuelta a la calle para entrar en el garaje por la puerta principal.

Su presencia en el mismo tampoco resultaba extraña: allí le guardaban su modesto «2 HP» que solía utilizar los fines de semana.

El portero del turno de tarde le saludó:

—¿Preparado para el fin de semana, señor Delorme? —inquirió.

—Bueno. Primero tengo que ver al inspector. Después de lo ocurrido, puede que me necesiten. La verdad es que no tengo muchas ganas de irme. Una, cosa así no se olvida.

—Ese granuja caerá pronto. Nuestro mecánico le ha identificado. Dicen que la policía ya anda detrás de su pista.

—¿Sabes... quién es? —inquirió el cajero.

—Creo que sí. Abajo está Jean Louis. Pregúntele.

—¿Jean Louis? Creí que... ya había salido.

—Ha vuelto para dejar su motocicleta. Si quiere hablar con él, abajo le encontrará.

El cajero asintió y cogió con más fuerza la maleta. No esperaba que el joven mecánico estuviera abajo. Necesitaba actuar solo, sin testigos. La presencia del joven fastidiaba sus planes. No obstante, bajó.

Jean Louis había dejado la moto en un rincón, y se disponía a subir de nuevo a la furgoneta para ir a buscar a Claire. Antes de montar, volvió los ojos hacia el «Ford» descapotable.

Pensó en la petición de la muchacha.

Negó con la cabeza, desechando toda tentación, y volvió a la furgoneta que el patrón le había prestado.

Entonces vio a Delorme, con la maleta. No lo encontró extraño

porque era viernes, y el cajero solía pasar fuera los fines de semana.

—¡Hola, Jean Louis! —saludó el recién llegado—. Me han dicho que... identificaste al atracador.

—Le están buscando. Por poco, le hubiese cogido yo mismo. Vino de segundos. Pero me alegro de que le detengan.

—¿La policía... ha dicho de quién se trata? —siguió preguntando el cajero.

—Un tipo al que conocen por el Imperturbable, o algo así. Se llama Anastas. Así lo dijo el inspector.

—Ha... has hecho un buen trabajo.

—No más de lo que hubiese hecho otro, en mi lugar.

—Sí, claro. Bueno. Yo voy a dejar mi maleta en mi «2 HP». Si el inspector no me necesita, me iré como todos los viernes. Es la costumbre.

—Le conviene olvidar esto. Debió pasar usted un mal rato. Bueno. Yo también me voy.

—Buen fin de semana, Jean Louis.

—Igualmente.

El joven puso en marcha la furgoneta y, cuando hubo desaparecido, Delorme fingió dejar la maleta en el interior del coche, pero cuando estuvo seguro de que nadie podía verle, la abrió y sacó la caja metálica que contenía el millón y pico de francos robados.

Miró en derredor, comprobando que la planta estaba totalmente desierta. Entonces salió rápidamente, y se dirigió hacia el «Ford» descapotable. Abrió el portaequipajes, retiró una manta de viaje, y colocó la caja con el dinero, cubriéndola seguidamente con la manta.

Volvió a mirar.

No. No había nadie.

Se fijó en la rueda de recambio que había en la maleta, y para disimular el bulto de la caja, cogió la rueda y la colocó sobre la manta, volviendo a cerrar rápidamente para regresar hacia su coche.

En su maletín había una camisa limpia, unos calcetines, el cepillo de dientes, la pasta dentífrica correspondiente, y un estuche de afeitarse. Era lo normal. Cerró la maleta y subió al coche, saliendo del garaje seguidamente.

Diez minutos más tarde, Delorme estaba en la comisaría de policía, hablando con el inspector que llevaba el caso.

—Si me necesita, me quedaré en París.

—Tal vez le necesite, pero, si tiene intención de salir fuera, déjeme sus señas por si es preciso llamarle.

—Suelo ir cerca. A cuarenta kilómetros a respirar un poco de aire puro pero el señor Chevalier me ha dado dos días de permiso. Lo que ha ocurrido me ha dejado anonadado. Son muchos años de trabajo, sin que

en ningún momento....

El inspector le interrumpió.

—Lo comprendo perfectamente, y procuraremos molestarle lo menos posible. Anote sus señas y márchese tranquilo. ¿Ha dicho que el director le dio dos días de permiso?

—Sí, señor... Querría irme a Alsacia, tengo un pariente allí.

—Bueno, déjeme las señas de todos modos.

—La verdad es que si pudiera ser útil....

—Descanse, amigo. En cuanto demos con el ladrón, le avisaremos para que pueda identificarle.

—La verdad es que yo... no sé si podré... Sólo vi su revólver. Creo que ya lo declararé antes así... Iba con el cuello de la gabardina muy levantado, y el ala del sombrero le ocultaba el rostro.

—Bien, bien, deje esas señas y de momento, no se preocupe —insistió el policía.

Luego cuando el hombre hubo dejado el puesto, uno de los ayudantes comentó:

—Esos viejos cajeros... Parece que le hayan robado su propio dinero.

—Delorme no es tan viejo aunque esté apergaminado —repuso el inspector, y tomó el papel donde Delorme había anotado las señas del pueblo de Alsacia hacia el que dijo dirigirse.

En realidad, el cajero, antes de emprender ningún viaje, acudió a una cita.

Cruzó medio París hasta llegar al Bois de Vincennes, cerca del velódromo municipal en Charenton.

Allí le aguardaba su compinche Anastas, el autor material del robo. Iba en coche distinto al que utilizó para huir.

—Creí que no ibas a venir. ¿Dónde está el dinero?

—No te preocupes ahora por él. Te andan buscando; el mecánico te identificó.

—¡Maldita sea! Debí suponerlo —rezongó el atracador.

—Es mejor que te vayas. Te he traído algún dinero. Es del mío....

—¿Y por qué no mi parte?

—Porque si te cogen con el dinero encima, será mucho peor....

—¡Maldito seas, Pierre! Con la policía sobre mis pasos, me conviene largarme. Con el dinero podría....

—Escucha... —interrumpió el cajero—. Con el dinero, tendrían una prueba fehaciente de que fuiste tú.

—¿Y no la tendrán cuando ese condenado mecánico me señale con el dedo?

—Tal vez no podrá señalarte. Puede ocurrirle algún accidente. Deja este asunto en mis manos. Todo saldrá bien. Por la cuenta que me tiene,

preferiero que no te echen el guante.

Todo seguirá igual. Te dije que tenía un plan, y tú lo aceptaste.

—Pero las cosas han cambiado.

—Nada ha cambiado. Créeme. La policía sólo tiene el testimonio de Jean Louis, el mecánico, y te repito que es fácil que pueda ocurrirle algún accidente. Ahora, vete. Busca un refugio seguro. Yo, el miércoles estaré de vuelta. Volveremos a encontrarnos aquí mismo. No trates de ponerte en contacto conmigo la policía podría intervenir mi teléfono.

—¿Es que sospechan?

—Nadie sospecha de mí, pero, por si acaso, hay que tomar precauciones. Lo malo de esos trabajos no está en realizarlos, sino en lo que se haga después. Es cuando hay que tener más cuidado y los profesionales no siempre lo tenéis.

Anastas contó los francos que le había entregado el cajero.

—¿Dónde quieres que vaya con esta miseria?

—Es todo lo que tenía. No he podido tocar nada de la caja.

—¿Y dónde está ahora?

—¿La caja? En lugar seguro. Nadie la buscará allí, puedes estar tranquilo.

—Si intentas engañarme....

—No seas estúpido. Dije a medias, pero no repartiré hasta que haya pasado algún tiempo. Es el sistema que elegí. El mejor. Y ahora, vete. ¿Dónde dejaste el coche que sacaste del garaje?

—En la Concordia. Allí tomé éste.

—Bueno. No estará de más que vayas cambiando de coche.

—No debes decirme lo que he de hacer. En esto te llevo ventaja.

El cajero sonrió.

—Ya sé que eres listo. Anda. Buena suerte.

Delorme volvió a su «2 HP» y Anastas, su cómplice, desapareció por la Avenida de la

Puerta de Charenton para doblar a la izquierda por el boulevard Poniatowsky y cruzar el Sena por el puente Nacional, para continuar hacia el Sur, más allá de la Porte d'Italie.

Y entretanto....

Entretanto la policía interrogaba a los subalternos del circo, en relación con la muerte del enano.

Mintieron. No podían delatar a Jean Louis porque éste hubiese denunciado a Claude, a su vez.

El enano era introducido en la ambulancia que tenía que llevarle al depósito.

Mientras Jean Louis se hallaba en el apartamento de Claire.

No era una sala de diez metros cuadrados sino un piso bien montado,

hasta con lujo de detalles. No parecía ciertamente la vivienda de una dependienta, aunque en la tienda cobrase un buen sueldo.

Unos dibujos de la propia Claire y unas fotos, indicaban que parte del dinero extra, debía salir de su trabajo adicional, al posar para pintores y fotógrafos Jean Louis estaba mirando aquellas fotos, y ella le increpó:

—Deja esto, ¿quieres?

—¿Te divierte posar «así»? —inquirió él con un dejo de reproche en su voz.

—¿Y quién crees que paga todo esto, eh? Me gusta vivir bien, y tengo que ganar el sobresuelo que necesito para poseer todo cuanto deseo.

—Eres muy ambiciosa, pero me gustas.

—No te acerques... Me has decepcionado... Creí que después del plantón de anoche, hoy serías más complaciente.

—¿Lo dices porque no he cogido el «Ford», verdad?

—Exactamente. Es un coche de los que a mí me gustan. Y ahora tengo una buena oportunidad para ir con él....

—La furgoneta te parece poco.

—Sabes que otras veces he ido, Jean Louis. Ahora es sólo un capricho que te pido, y no va a costarte nada.

—¿Por qué tienes tanto interés?

—¿Conoces bien a ese americano?

—Da buenas propinas.

—Es un cerdo... Algunas veces ha venido a la tienda, Está podrido de dinero, y cree que puede comprarlo todo.

—¿Incluso a ti?

—Ya me lo insinuó —repuso ella.

—Debí suponerlo.

—No acepté, ¿sabes? Conozco esa clase de proposiciones. Él sabía que a mí me gustaba su coche. Yo lo miré, y él me guiñó un ojo... «Esta noche podemos dar una vuelta, y luego te invitaré a mi apartamento» — fueron sus palabras—. No contesté lo que pensaba porque estaba allí, y tengo la obligación de sonreír. Pero le dije que se había equivocado de puerta. «Tú te lo pierdes», me contestó, el muy engreído....

—Creí que no te importaba aceptar invitaciones.

—¿Pretendes ofenderme?

—Conmigo no es con el primero que sales.

—Me gusta elegir, Jean Louis. Yo no me vendo. Puede que sea ambiciosa, pero no me vendo. Prefiero posar como lo hago, pero a mí no me pone las manos encima nadie que yo no quiera. No sé qué he visto en ti.

—Procuro que una chica se divierta a mi lado. No debo hacerlo tan mal.

—Jean Louis. Si pudiera pasearme con ese «Ford»... Sería como una venganza hacia el americano. De todos modos, él no iba a enterarse.

—Claro que no, pero lo sabría yo... Y si volviese por la tienda, pensaría: «No te molestes en querer conseguirme con el coche. Ya he subido a él... y sin tener que pagar el precio que tú quieres».

—A mí también me gustaría conducirlo. No vayas a pensar....

—Pues ve a buscarlo.

Tras un silencio, el joven negó con la cabeza.

—¡No!

—Entonces, vete. Anda, vete. Tenía grandes planes para este fin de semana. Tú lo has estropeado todo.

¡Vete!

El la miró unos momentos. Avanzó unos pasos y murmuró:

—Me revientan las mujeres caprichosas. Incluso, tú. ¡Vete al diablo!

Dio la vuelta y salió de la casa.

Después, conduciendo la furgoneta, hablaba consigo mismo en voz alta:

—¡Mujeres! —masculó.

También él se sentía defraudado. Había pensado pasarlo en grande, y, por culpa de un maldito coche....

Claro que le quedaba el recurso de ir a ver a Ivone, pero en aquellos momentos, no se sentía con humor.

Además... era como una especie de código. Podía salir con dos y hasta con tres chicas a la vez pero irse con Ivone sólo porque la otra lo había rechazado por un capricho, no lo haría. Antes se iría a buscar plan en cualquier bar, o en algún club de los centenares que existen en París.

—¡Hay chicas a montones! —se repitió.

Pero interiormente, pensó que no tenían la clase de Claire. Claire era algo especial. Su personalidad, su forma de ser... a pesar de su ambición, resultaba distinta. Sí. Claire tenía algo... algo que la hacía distinta de las demás.

Enojado por no haber podido disfrutar de su compañía, decidió regresar al garaje y dejar la furgoneta.

Anastas, el atracador, aunque por motivos distintos, había tenido la misma idea volver al garaje. A él le interesaba el dinero que el cajero había escondido, pero ignoraba cuál era el escondite. En aquellos momentos pues, lo más importante, aún más que el mismo dinero, era deshacerse del único testigo que podía identificarle, el único, que si le cogían, le señalaría con el dedo, en la rueda de presos: el mecánico Jean Louis.

Sí Anastas quería liquidar al testigo, y el único lugar donde podía dar con él era en el garaje.

Capítulo V

LOS periódicos de la tarde, todavía no habían tenido tiempo de publicar la fotografía del atracador, por lo que Anastas tenía la ventaja de que para todo el mundo seguía siendo un desconocido.

Detuvo el coche cerca del garaje.

Conocía bien aquello, lo había estado observando antes de cometer el robo. Sabía que el portero que hacía el turno de tarde solía estar solo en la cabina, junto a la estufa y con el café en el hornillo.

A través del parabrisas podía ver la entrada del garaje. Había muy poca gente en la calle. Eran las ocho.

—Diré que soy amigo del mecánico. El portero me dará sus señas —pensó en voz alta.

Esperó unos momentos. Lo que iba a hacer no carecía de riesgo, pero valía la pena.

Volvió a pensar:

—Pero el portero podrá identificarme. Tendré que deshacerme de él. Sí. En cuanto me haya dado las señas del mecánico, le quitaré de en medio. Pensarán que ha sido un ladrón. Me llevaré cualquier coche....

Mentalmente, seguía haciendo sus planes, cuando apareció la furgoneta.

Fugazmente, Anastas vio a su conductor. ¡Le reconoció!

¡Es él!

Ya no tenía necesidad de andarse con tantos rodeos. Si el mecánico estaba en el garaje, todo resultaría mucho más fácil.

Jean Louis se detuvo un momento en la entrada:

—Soy yo.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó el portero, asomando—. Creí que no volverías hasta el lunes.

—¡Bah, no tengo nada que hacer por ahí! Aprovecharé el tiempo para reparar mi motocicleta. Al menos, no perderé mi fin de semana.

Hizo descender la rampa a la furgoneta, y la dejó aparcada en el sitio de costumbre.

Anastas dio la vuelta a la calle y dejó el coche en la esquina, cerca de la relojería y antes de cruzar el callejón.

Avanzó a pie y se detuvo junto a la puerta lateral del garaje. Estaba

cerrada, pero resultaba bastante fácil abrirla porque no había ningún cerrojo de seguridad. Se limitaban a dar la vuelta a una llave corriente, como simple rutina.

Anastas, provisto de una ganzúa, logró abrirla en pocos momentos, y descendió hasta el semisótano.

Jean Louis se había quitado la chaqueta, y dudaba de ponerse el mono mientras miraba la moto.

Anastas, con sigilo, avanzaba pegado a la pared.

Llegó al final de los escalones y, desde allí, pudo ver la abertura que comunicaba con el taller. Allí estaban todas las herramientas. A un lado se encontraba la motocicleta.

Jean Louis entró en el vestuario decidido a ponerse el mono.

El atracador aprovechó para meterse en el taller. Buscó rápidamente un objeto que le sirviera para atacar. Tomó una llave inglesa, de grandes dimensiones, y corrió al lado de los coches para agazaparse entre dos.

Jean Louis salió silbando una tonadilla.

—Eso se llama aprovechar el tiempo —dijo, pensando en voz alta, y tomó un destornillador para empezar su trabajo.

Anastas salió de su escondrijo y avanzó con sigilo, sujetando con fuerza la llave inglesa:

Un golpe bastaría, tal vez dos... Pero le pegaría con la fuerza suficiente para terminar con él. La llave tenía la contundencia necesaria para lograr su objetivo.

Jean Louis dejó de silbar. Había extraído la tapa y ahora observaba el bobinado del motor.

—Esto está hecho un asco... Claire tiene razón... Debería tener un coche, aunque no fuese un «Ford» último modelo... Algo con cuatro ruedas. ¡Y nuevo! ¡Maldita sea! ¡Esto no es más que un condenado cacharro!... Tengo trabajo para toda la noche....

Golpeó tina rueda con la punta del zapato.

Se inclinó más, totalmente ajeno al peligro que tenía tras su espalda.

En aquéllos momentos, Anastas levantaba ya la llave. Podría pegarle a la nuca con todas sus fuerzas.

Alguien gritó:

—¡Jean Louis, cuidado!

Era la voz del portero. Había bajado un momento y apareció en el instante preciso para salvar la vida del joven, que se revolvió rápido cuando su mortal enemigo descargaba ya la llave.

Esquivó en parte, pero recibió de refilón el golpe en el brazo.

Anastas trató de golpearle de nuevo, y Jean Louis a pesar del dolor del golpe recibido, saltó a tiempo. Sus manos tropezaron con una barra de hierro, la cogió e, incorporándose, la esgrimió para procurar defenderse.

—¡Es el atracador del Banco! ¡Llama a la policía! —gritó Jean Louis mientras avanzaba hacia Anastas.

El ladrón arrojó con fuerza la llave, y el joven tuvo que hacerse a un lado para esquivar el peligroso golpe.

Anastas no quiso continuar. Sabía que el portero había ido a avisar a la policía, y ya no tenía tiempo de impedirlo. Echó a correr por la pendiente. Jean Louis le persiguió, con la barra de hierro, que posteriormente soltó.

Anastas corrió hacia el coche para marcharse.

El joven mecánico, sin dudarle un segundo, bajó de nuevo la escalera y se dirigió hacia la furgoneta.

Pero tenía que maniobrar demasiado para sacarla de allí. Además, no corría gran cosa.

El «Ford» descapotable tenía más fácil salida, y estaba allí mismo.

Sin dudarle por más tiempo, saltó sobre él; tenía la llave puesta, dio el encendido, y pisó a fondo para emprender la persecución.

En la calle, el auto del atracador se perdía por la esquina. Jean Louis viró rápidamente y continuó dándole al gas.

El portero estaba informado por teléfono:

—Sí, sí... Era el atracador de la sucursal del Banco. Ha intentado golpear a Jean Louis. Dense prisa, le está persiguiendo.

Jean Louis aminoraba distancias, ganando terreno al fugitivo a cada segundo que pasaba.

Anastas, sin embargo, se acercaba a la zona del centro, allí donde el tránsito era más abundante.

Jean Louis pasó un semáforo en rojo para no perder contacto con su perseguido.

Anastas enfiló por una calle en dirección contraria, y Jean Louis le siguió, sin vacilar.

A derecha e izquierda se oían bruscos frenazos, imprecaciones, insultos, pero el mecánico estaba dispuesto a dar alcance al hombre que había querido matarle.

Y el fugitivo volvió a doblar a la izquierda, las ruedas de su auto chirriaron. También chirriaron las del «Ford», al enfilar ahora el boulevard Lafayette.

De nuevo Jean Louis tuvo que cruzar en rojo, sorteando un par de vehículos, que se le echaban encima.

Sonaron los silbidos de los guardias encargados de vigilar la densa circulación del fin de semana.

Anastas, dos travesías más adelante, volvió a meterse en dirección prohibida, como si se dirigiese a la plaza de la Opera, pero torció para desembocar en los andenes del Sena. Más allá cruzó el puente de los Inválidos, y su automóvil aumentó velocidad.

También la aguja del cuentavelocidades del «Ford» avanzó varios puntos, cuando ya el automóvil alcanzaba el campo de Marzo, con el fondo de la Torre Eiffel.

Anastas hizo describir a su auto un extraño viraje para despistar a su perseguidor cuando se acercaba a la torre. Al fin, decidió echar por la izquierda como si tratara de cruzar por el puente D'Iena. Pero volvió hacia el norte por el Quay Branly.

En la brusca maniobra, un vehículo en dirección opuesta se le echó encima; trató de evitarlo, desviándose hacia la izquierda. El auto saltó por encima la acera y, sin que Anastas pudiera evitarlo, se estrelló contra la barandilla de piedra protectora.

El golpe fue tremendo, y un contacto con la gasolina, caliente por larga persecución, provocó el estallido.

El auto pareció haber recibido un cañonazo, y toda la parte delantera ardió a la vez.

Jean Louis frenó el «Ford» a escasa distancia.

A lo lejos sonaba la sirena de la policía. Todo había terminado.

Capítulo VI

JEAN Louis salió del puesto de policía, después de firmar su declaración.

El inspector le acompañó hasta la calle.

—Ahora sólo faltará recuperar el dinero... —Miró el «Ford» que estaba aparcado delante, y añadió—: Bonito coche....

—Y pensar que ha sido la causa de que yo me encontrara en el garaje, a estas horas...

—¿Lo estaba reparando?

—No, no. Es una larga historia....

—Una pregunta antes de irse... La primera vez que se enfrentó con Anastas... después del atraco... ¿Se fijó si llevaba la caja con el dinero? Es una caja metálica, de esas que suelen tener los cajeros para guardar el dinero en varios departamentos....

—La verdad, no vi nada... Anastas estaba ya casi dentro del coche.

—Debía llevarla, claro... Pero ahora no la traía consigo. Es lógico que la guardara en alguna parte. Bueno, tendremos que encontrarla.

—Suerte, inspector.

—Gracias una vez más, muchacho. Parece que se han propuesto complicarle.

—Confío en que ahora me dejen en paz —repuso el joven, saludando con un ademán al policía para volver al coche.

Poco después, al volante del «Ford», y dispuesto a regresar al garaje, pensó en Claire....

—Si me viese ahora... —sonrió.

Luego, lo pensó mejor.

Había tomado, el cocho para perseguir a un atracador. Nadie podía reprocharle por ello. Era un servicio a la sociedad, con el medio que tuvo más al alcance... ¿Por qué no... retener el coche por unas horas más? Tan sólo un poquito más... Era una pequeña tentación, que además le valdría pasar todo aquel tiempo con Claire. Valía la pena.

Consultó el reloj. Eran poco más de las nueve. Quizá ella todavía estuviese en casa.

Viró a la derecha para emprender el rumbo hacia la casa de Claire.

Y Claire estaba.

—¿Otra vez tú? Cuando se manda a una chica al diablo, no se vuelve por ella... —Iba a cerrarle la puerta en sus mismas narices. Jean Louis introdujo el pie para evitarlo, y muy tranquilamente repuso:

—¿Por qué no te asomas un momento a la ventana? Quizá la furgoneta que he traído ahora te guste un poco más.

Ella le clavó los ojos durante un par de segundos. Luego fue hacia la ventana, y miró a la calle.

Desde el segundo piso pudo ver perfectamente el «Ford» color crema aparcado a la puerta de su casa.

—¡Jean Louis! —exclamó.

—Bueno... Acabo de prestar un servicio a la policía con este coche....

—¿Qué ha pasado....? —inquirió ella.

Jean Louis le contó lo sucedido, cuando ambos iban ya recorriendo las iluminadas calles, sentados en el confortable automóvil, que el mecánico conducía:

—Me cambió la ropa y fui a declarar con el coche. La verdad es que yo también tenía ganas de manejarlo. —Y le guiñó un ojo.

Ella preguntó:

—¿Y ese Anastas... ha muerto?

—Se lo llevaron en una ambulancia, después de que hubieron apagado el fuego, pero, desde luego, poco debía quedar de él... Aquello ardía como la yesca... Pero olvidemos ese asunto ahora... ¿Dónde quieres que te lleve....?

—Bueno. Me he traído lo imprescindible... ¿Qué hay de nuestro fin de semana?

—Preferiría devolver el coche, antes. Si alguien lo reconoce... Lambert tiene muchos amigos en París.

—Ayer te pedí que me llevaras a la costa. Deauville está a un par de cientos de kilómetros. Vamos... Vivamos a lo grande, aunque sólo sea por una noche. Pagaré mi parte.

—Cuando salgo con una chica, soy yo el que invita.

En fin... Si éste es tu gusto... pongamos rumbo a Deauville.

Más adelante, ya por la carretera, el «Ford» se deslizaba como si en vez de ruedas llevase alas, que lo elevaran del suelo.

La magnífica suspensión, la insonorización total, aquel bar que llevaba adosado, el tocadiscos estereofónico, incluso la televisión junto al espejo retrovisor, todo era estupendo.

Ella levantó los brazos, soñadora.

—Qué bonita es la vida, cuando se tiene dinero para disfrutarla....

—Sí, pero ese dinero no hay que buscarlo como hizo Anastas... Esas cosas siempre suelen acabar mal....

—Quizá —sonrió ella.

—¿De qué le ha servido robar, si está muerto? Ahora, un millón y pico de francos están escondidos en alguna parte, sin beneficiar a nadie....

Desde luego, Jean Louis estaba muy lejos de imaginar que se encontraba más cerca del dinero que nadie, porque la caja seguía en la maleta del coche, cubierta con la manta y la rueda de recambio.

También el inspector lo tuvo cerca, pero, ¿quién iba a suponer que estaba precisamente «allí»?

Y el «Ford» siguió deslizándose por la carretera. Sus focos taladraban el paisaje.

Habían recorrido ya más de la mitad del trecho.

¿Cómo iba a terminar aquella aventura...?

Por motivos azarosos, aquélla no parecía ser verdaderamente la noche de Jean Louis. Los hados del destino se habían puesto de acuerdo para hacerle tropezar con toda clase de contratiempos.

Empezó la mañana con la pelea en el descampado del circo, después fue el propio Anastas, al salir de cometer el atraco. Por la tarde, nueva pelea con los del circo para concluir con el atentado del atracador. Un día agitado, en verdad, un día que todavía no había concluido, porque había dos personas que, por distintos motivos habían jurado librarse de Jean Louis.

Una de ellas era el cajero. No. A Pierre Delorme no le interesaba en absoluto que alguien pudiera facilitar la caza de su cómplice porque si detenían a Anastas podían obligarle a hablar... Claro que Delorme ignoraba la suerte corrida por su cómplice. Por lo tanto, su sentencia contra Jean Louis seguía latente... ¿Cuándo iba a ejecutarla?

¿Había decidido hacerlo aquella misma noche?

Otro de los que deseaban vengarse era Claude, el guarda del circo.

Y Claude, bastantes horas antes, había marchado por indicación de un compañero. ¡Precisamente a Deauville!

Sí. Claude, en aquellos momentos, estaba en el garaje del casino, hablando con el uniformado portero.

—Bueno... si vienes de parte de mi amigo, creo que podré darte trabajo... Vuelve mañana. ¿Sabes conducir?

—Sí.

—Bueno... Aquí se necesita a alguien que meta los coches en el aparcamiento. Los clientes los dejan en la puerta del casino, y alguien tiene que sacarlos y volver a llevarlos cuando los clientes los necesitan. ¿Comprendes? Se ganan buenas propinas. ¿Te interesa? Es todo lo que puedo ofrecerte.

—Aceptaré lo que sea —repuso Claude.

—Bien... ¿Tienes dónde ir?

Claude negó con la cabeza....

—Puedes venir a mi casa. Yo vivo solo. No tengo mucho sitio, pero por tina noche, ya nos arreglaremos. Mañana ya buscarás algo que te convenga... Ahora, quédate en el garaje, si quieres. Pero no salgas con esa ropa... No es muy adecuada. ¿No tienes nada más que ponerte?

—Aquí, no. Lo tengo todo en París.

—Parece que andes huyendo de algo.

—Puedes preguntar a tu amigo, el que me recomendó.

—Bueno, bueno. A mí no me interesa, pero si no tienes más ropa, tendrás que limpiarte ésta... En casa te daré lo necesario. Hay que causar buena impresión cuando se va en busca de trabajo....

Y Claude se quedó en el garaje con los coches de los clientes que llenaban el casino....

Jean Louis y Claire estaban sólo a cincuenta kilo metros, y el «Ford» andaba, en aquellos momentos sobre los ciento treinta por hora.

Sí. Era un magnífico descapotable.

Capítulo VII

EL que las ropas de Jean Louis no fuesen de primera calidad no impidió que el uniformado portero del casino saludara a él y a su llamativa compañera con la reverencia reservada a los clientes.

—¿Dónde dejó el coche? —preguntó.

—Lo llevaremos al garaje, señor. Cuando lo necesite, puede pedirlo, y lo tendrá dispuesto, señor —dijo el portero.

Ella sonrió satisfecha, por hallarse en el ambiente que soñaba.

Era ya la medianoche, pero en el casino resultaba perfectamente posible comer.

—Quiero ostras y una botella de buen vino... y champaña. Pagaremos a medias....

—Humm... ¿Esto para empezar, no? —sonrió él.

Ocuparon una mesa, y ella, mientras esperaba al camarero, añadió:

—¡Quién sabe! A lo mejor probamos suerte en la ruleta, y la cena nos sale gratis. Esta puede ser nuestra gran noche.

En el garaje, Claude miraba el llamativo «Ford». El encargado de entrarlo bajó y murmuró:

—Los que llevan esa clase de cacharros no son unos pelagatos, ¿eh, amigo?

Claude se encogió de hombros y salió fuera, deambulando por el jardín. Soplaban el aire frío del Norte, y se echó para arriba el cuello del tabardo.

Desde el jardín, podía ver las iluminadas ventanas del casino, con las cortinas transparentes, que permitían observar el interior de los suntuosos salones.

A Claude le gustaba espiar lo que hacían los demás. No tuvo nada de extraño que se aproximara para ver el interior.

Jean Louis y Claire comían ya sus ostras.

—¿Te has fijado en el precio?

—¿Y qué importa el dinero, si se pasa bien?

—¿No querrás pedir una habitación en el hotel?

—¡Quién piensa en dormir ahora! —Y Claire continuó devorando las ostras y saboreando el buen «blanco de reserva».

La mirada de Claude recorría la sala hasta que sus ojos dieron con

Jean Louis. Le reconoció al instante.

Foco después, el que transportaba los coches dijo:

—¿Tú conoces a ese tipo? ¿Al que va con la pelirroja despampanante?

—No, no —despistó Claude. —Sólo preguntaba quién es... simple curiosidad... La chica es muy bonita, desde luego.

—No sé quiénes son. Es la primera vez que les veo.

No son de los habituales... Han venido en ese coche americano.

—¡Ah! ¿Sí? —murmuró Claude, y súbitamente tuvo una idea....

En su interior, se forjó la venganza. Una venganza refinada, que acabaría con la vida de

Jean Louis....

—«Por su culpa, murió el enano... El también morirá... y dejará en paz a Ivone» —pensó.

Más adelante, mientras la pareja bailaba, después de la cena, y Claire insistía en querer jugar, Claude consiguió quedarse a solas en el garaje:

—Puesto que vamos a ser colegas déjame a mí, si tienes algo que hacer... Yo cuidaré de esto....

—Sólo voy a tomarme una cerveza. Estoy seco... A estas horas, no suele venir nadie....

Y al quedarse a solas, Claude comenzó a efectuar extrañas manipulaciones en el «Ford». Con el capó abierto y tina llave inglesa en la mano, destornilló algo; luego hizo algunas comprobaciones.

Al cabo de algunos minutos, murmuró para sí:

—Así irá perdiendo el líquido de los frenos... Puede que tarde algún tiempo en quedarse sin él, pero cuando salte el tornillo, el depósito quedará vacío, y entonces....

Se lo imaginó doblando una curva, intentando frenar, y vio en su mente cómo el «Ford» se despeñaba por el vacío.

Sí... Sería una muerte accidental... Nunca podrían acusar a Claude... Nunca....

Y Jean Louis seguía con su suerte de espaldas, aunque en aquellos momentos se sintiera feliz, por tener entre sus brazos a Claire.

—Voy a arreglarme un poco... Y tú espérame junto a la mesa de la «boule», ¿eh?

—Sí, mujer... Vamos a echarlo todo por la ventana, en una noche —sonrió.

Claire desapareció en dirección al departamento de «toilettes», pero en realidad, antes de entrar para arreglarse, pidió el teléfono.

—Tengo que llamar a París —dijo.

Le indicaron una cabina.

—Marque el prefijo, luego abonará aquí la conferencia, señorita —le

dijo amablemente la encargada.

El mecánico, si hubiera podido escuchar aquella conversación, habría comprendido que aquella no era ciertamente su noche porque....

La llamada que efectuó Claire iba dirigida a Pierre Delorme. Sí. Al cajero de la sucursal atracada.

Y el cajero seguía en su modesto apartamento de la capital.

Al reconocer la voz de Claire, espetó:

—Tú y tus malditas ideas... Dijiste que lo del descapotable sería un truco excelente....

—No te excites, querido... Y lo ha sido. Estoy en Deauville, con Jean Louis. Y el descapotable... por supuesto....

—¿De veras?

—Sí. Es una larga historia. Al principio, no quería cogerlo, tenía escrúpulos de conciencia....

—Pero tú le has convencido....

—En realidad, no he sido yo exactamente... Te reirías si supieras lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, excepto que tu socio... ha muerto... Mañana te enterarás por los periódicos.

—¿Te refieres a....?

—Me refiero a Anastas....

—¡Calla! No conviene hablar....

—No te preocupes, querido Pierre... ¿Quién va a sospechar de un honrado cajero como tú? —Y rió con su risa fresca, sonora como las campanillas—. Ya ves... Tú pensabas darle esquinazo, y ya no tendrás necesidad de hacerlo. Te ha dejado el campo libre....

—Bueno... Quizá haya sido mejor así. ¿Dices que estás en Deauville?

—Sí.

—Seguiremos con el mismo plan. Yo tengo que ir donde tú sabes. Ya he dejado mis señas en el puesto de policía. Reúnete conmigo, y ten cuidado con el di... con la maleta. —No te preocupes... Pero ten paciencia, ahora no puedo plantar a Jean Louis. Tengo que seguir la comedia... Luego, ya inventaré una excusa.

—Está bien, está bien. Lo dejo todo en tus manos, pero el lunes, a lo más tardar quiero verte por allí.

—Descuida, querido... descuida —sonrió ella, y colgó. Luego salió y pagó el importe de la conferencia.

Capítulo VIII

ERAN las tres de la madrugada, y Jean Louis contaba sus fichas.

—¿Lo ves? —sonrió ella.

—No puedo creerlo... He ganado casi... doscientos francos.

—La fiesta te sale gratis. Tenía un presentimiento... Vamos, júégalo todo de una vez....

—Mira....

—No seas cobarde. Esta es tu noche. Júégalo.

Él se encogió de hombros.

—¡Qué más da! Contaba con perder... Allá va....

Eligió un par de números. El «croupier» lanzó la «boule» que, caprichosa, fue entrando y saliendo en los agujeros numerados hasta detenerse definitivamente en el número siete.

Se cantó la suerte, y el dinero que Jean Louis había distribuido entre el nueve y el once fue barrido....

—Bueno, así quedamos en paz —sonrió él.

—Ha fallado mi presentimiento. Tal vez si volviéramos a intentarlo....

—Ahora hazlo con tu dinero... Quiero que me quede, al menos, para la gasolina.

—No quiero obligarte... Anda, vámonos, si quieres... Buscaremos un sitio modestito para que veas que sé conformarme... Pide el coche.

—¿Para qué molestar a nadie? Iré yo mismo a buscarlo en el garaje.

—¡Oh! Nunca serás un gran señor. El coche se pide... Para eso están los empleados del casino... El lujo se paga, ¿no? Tú has pagado por él, pues que te sirvan....

—No me des lecciones, Claire... Lo que ocurre es que éste no es mi ambiente, ni me gusta. Yo soy menos complicado, no necesito de tantos servidores... Me molesta tener un camarero a mi espalda mientras cómo, y que otro me llene el vaso, apenas lo vea vacío... Quiero comer a mi gusto, y llenarme el vaso cuando me apetezca... Y me molesta que otro me traiga el coche. No trates de cambiarme, al menos.

—Descuida, querido... No voy a tratar de cambiarte, y empezaré desde ahora. Ve al garaje. Yo te esperaré fuera.

—Está bien.

La dejó en el vestíbulo, y avanzó hacia el garaje del casino.

El encargado de los coches le vio entrar, pero no le dijo nada. Jean Louis se dirigió hacia el descapotable.

Claude ya no estaba allí. Después de realizar su «trabajo», decidió desaparecer para que Jean Louis no pudiera verle.

Y el mecánico abrió la portezuela del vehículo, dispuesto a sentarse al volante.

Apenas asomó al interior, sus ojos se quedaron fijos en la persona que estaba dentro.

Durante un segundo, quedó totalmente inmovilizado. Luego, reaccionó y musitó:

—Bue... Buenas noches, señor Lambert.

Sí. El hombre que estaba aguardándole dentro del coche era su propietario, el americano Lambert.

—¿Te diviertes, Jean Louis? —inquirió el dueño del descapotable.

—La verdad es que no pensaba tomar su coche, señor Lambert... Se trata de una larga historia....

—Ninguna historia justifica que te llevaras mi coche, sin mi permiso... Creo habértelo advertido....

—Sí, señor... Lo siento. No se me ocurre otra cosa.

—Está bien, Jean Louis... ¿Estás solo?

—No, señor. Vine con una amiga.

—Lo suponía.

—Bien... Le diré la verdad a mi amiga... ¡Ah! Y no es necesario que me diga que he de buscarme un nuevo empleo... Se lo contará usted a mi patrón y, naturalmente, me pondrá en la calle. Pero no pienso rogarle que no lo haga.

—Además, eres orgulloso... Entra y siéntase, charlaremos.

—¿Para qué?

—Que entres, te digo... Ya que me has robado el coche, tengo derecho a pedirte algo a cambio.

—No le he robado el coche... Mañana o pasado hubiera vuelto al garaje... Usted dijo que estaría ausente toda la semana.

—¿Vas a sentarte o prefieres que salga yo? —insistió el americano, con cierta impaciencia.

Jean Louis entró, y ocupó el asiento del volante.

—Podría decirte que fueras a despedirte de tu amiga....

—¿Despedirme?

—Suponte que aviso a la policía. Yo llevo los documentos del coche. Puedo justificar que es mío. En cambio, tú... ¿Tienes acaso mi permiso?

—Señor Lambert. Nada puede arreglar las cosas ya. Sé que tengo culpa. No soy orgulloso, simplemente estoy consciente de mi

responsabilidad... Si va a decirme que no debí hacerlo, ahórrase la molestia. Lo sé.

—Ya veo que no eres un mal muchacho. Te dejaste tentar por una chica guapa... Querías impresionarla.

—No, no, señor Lambert, no quería impresionarla. Pero me encontré con el volante del «Ford entre las manos, y me dije que... En fin... ¿Para qué seguir?

—No tienes mal gusto... Yo quise invitar un día, a esa chica que hoy tú te has llevado... sí, sí. Sé quién es. Os he visto, hace un momento. Luego, el encargado me ha dicho que eras tú quien había venido con el descapotable. Pensé en entrar, armarte un escándalo y dejarte en ridículo delante de todos, denunciándote, pero luego me dije que con esto no ganaría nada.

—Entonces... ¿No va a denunciarme?

—¿Tú qué harías?

—Bueno, señor Lambert, no juegue conmigo. Haga lo que prefiera. La razón está de su parte. No le pondré dificultades....

Lambert sonrió.

Claire apareció en aquellos momentos.

—¿Es que he de esperar toda la noche? —empezó y avanzó hacia el descapotable. Cuando vio aparecer al americano, se quedó mirándole.

—¡Oh! Es el señor Lambert....

—Celebro que me reconozca, señorita —sonrió el aludido.

El joven salió también y se colocó junto a ella.

—Es lógico que le guste más Jean Louis. Es más joven que yo, y puede que tenga más atractivos....

—Bueno, señor Lambert. Decida lo que tenga que hacer... No sirve de nada prolongar esto —cortó el joven.

—¿Pretende denunciarte? —preguntó ella—. Le creo capaz. Ya te dije que era un tipo repugnante... ¿Qué quiere? ¿No tiene el coche? Bien, se lo devolvemos entero, ¿no?

—Tiene mucho genio, Claire. En la tienda resulta más amable.

—A veces, hay que ser amable a la fuerza, pero aquí no estamos en la tienda —espetó ella.

—Será mejor que nos marchemos —intervino nuevamente Jean Louis.

—Un momento... No he dicho que puedan irse todavía. Sobre todo, tú, Jean Louis.

—¿Qué es lo que quiere? —espetó el joven, con impaciencia.

—Ya te he dicho que me pareces un buen muchacho, a pesar de ese error que has cometido... Sin embargo, estoy dispuesto a olvidarlo, a cambio de que hagas lo que voy a decirte.

Jean Louis guardó silencio para que Lambert prosiguiera.

—Tenía que ir a Nueva York, como ya dije... Pero en el último momento recibí una llamada telefónica. Resulta más importante para mí que arregle unos asuntos en Suiza. Y necesitaré el coche allí, pero no pienso hacer el viaje en él. Es demasiado largo e incómodo. Para estos casos, prefiero el avión... Tú me llevarás el auto. Si te das prisa, el lunes puedes estar de nuevo en tu trabajo. Yo correré con la cuenta de tu viaje de vuelta. Es lo único que te ofrezco....

—¿Pretende que le lleve el coche a Suiza, sin pagarle nada? —protestó la muchacha—. No aceptes, Jean Louis. Quiere aprovecharse de las circunstancias. No acept....

El la acalló con un ademán.

—Deja, Claire. Este es asunto mío... Yo he cometido una falta, y él le pone su precio. Acepto. Iré a Suiza a dejar su coche, si con ello usted considera zanjada la cuestión.

—No se hablará más de ello, muchacho.

—De acuerdo. Saldré mañana por la mañana, y no tendrá que pagarme usted nada por el trabajo.

—¿Y yo qué? —protestó ella.

Claro que si Jean Louis hubiera sabido que Claire estaba de acuerdo con el cajero Delorme, no hubiera vacilado un solo momento en suponer que lo que ella pretendía era que el coche no volara hacia Suiza... al menos mientras llevase en el portaequipajes su preciosa y preciada carga....

Lambert añadió:

—Claire tiene un mal concepto de mí, sólo porque la invité un par de veces... Bien... no tengo inconveniente de que sigan gozando juntos este fin de semana... Si ella acepta, no me importa que vaya con usted hasta Berna.

Jean Louis se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué dices? ¿Querías dar un largo paseo con el descapotable, eh? Esta es una buena ocasión.

Ella vaciló un momento, pero al fin aceptó:

—Está bien... Iremos a Suiza.

—¿Tenéis vuestros documentos en regla? —preguntó el americano.

El joven asintió:

—Para pasar la frontera nos basta con la carta de identidad... Pero usted tendrá que darnos la documentación del coche, y un permiso firmado para llevarlo.

—Desde luego, Jean Louis. Voy a redactar ese permiso. ¡Ah! Y espero que trates bien mi «Ford». Sabes en cuánto aprecio lo tengo.

—No se preocupe —terció Claire—. Jean Louis es un buen conductor.

—Lo sé. Por eso confío en él. —Y el americano sacó de su cartera de mano un cuaderno y un bolígrafo, y comenzó a redactar el permiso....

Capítulo IX

DE la forma más sencilla del mundo, el millón y pico de nuevos francos, robados el viernes anterior, iba a pasar a Suiza, sin que su portador supiese que los llevaba.

Claro que el auto tenía que cruzar todavía la frontera.

Tras largos kilómetros, el descapotable circulaba ya por la región de Alsacia.

Dejaron Estrasburgo a su izquierda, mientras el vehículo circulaba en dirección a Mulhouse para entrar en el vecino país por la frontera de Basel.

Era la tarde del sábado.

El joven frenó el coche en su parador.

—¿Te apetece una buena cerveza?

—Mejor un café... Es un viaje largo.

—Creí que te entusiasmaba viajar en este cacharro.

—Claro que me entusiasma, pero parece que estemos realizando una competición. Además, me fastidia que hayas tenido que acceder por obligación.

—Los favores hay que pagarlos... Después de todo,

Lambert no se ha portado tan mal, y a mí me encanta hacer este viaje.

Ella sonrió.

—Bueno... a mí también. Me encanta. De veras....

Bajaron para sentarse en el parador.

El coche acusaba el polvo de las carreteras, relucía menos, pero era tan impresionante como siempre.

Sin embargo, en cada ocasión que el auto se detenía, dejaba al marchar, la huella del líquido que iba perdiendo.

Las manipulaciones que la noche anterior había efectuado Claude en el capó, estaban dando sus frutos, y el peligro se acentuaría cuando el descapotable cruzase la frontera y empezara a circular por la montañosa nación vecina, con sus carreteras de montaña, con sus sinuosas curvas y sus altos precipicios....

Sí. El peligro acechaba a Jean Louis por todas partes porque, al llegar a la frontera, tal vez se le ocurriera a la policía echar una rutinaria

ojeada a la maleta y, si descubrían la caja metálica....

También ella se mostraba algo inquieta... porque de los dos era la única que conocía la existencia de la fortuna que transportaba el «Ford»....

—Voy a ver si en la maleta hay alguna manta.

—¿Tienes frío?

—Bueno, por si acaso....

—¿No te basta la calefacción?

—Simple curiosidad... Dame las llaves.

—Están puestas.

Ella salió del parador y fue hacia el coche. Momentos después, abrió el maletero.

Todo seguía tal y como Delorme lo había dejado, la rueda sobre la manta y debajo, la caja.

Miró un momento a Jean Louis, que parecía abstraído ante su cerveza. Le vio llamar a la camarera para pagar.

Rápidamente empujó la caja hacia atrás, y la cubrió con unos trapos propios para la limpieza del coche. Puso la rueda de modo que ayudara a cubrir igualmente el botín, y sacó la manta.

Jean Louis salió del parador.

—Sí, hay una manta... La dejaré ahí. De momento, no la necesito.

Él se aproximó y echó un vistazo antes de que ella cerrara el maletero.

—Bien, vámonos, nos quedan todavía unos cuantos kilómetros.

—¿Cuándo llegaremos a la frontera?

—Dentro de una hora, poco más o menos.

Jean Louis puso el «Ford» en marcha que, al alejarse, dejó la huella del líquido que había perdido.

El joven conductor todavía no había advertido el peligro. Los frenos seguían funcionando y por lo demás, nunca tuvo necesidad de detener el coche de forma brusca. No obstante, el peligro de accidente aumentaba con los kilómetros.

Por fin llegaron a la frontera.

Les precedían un par de coches de matrícula francesa y los agentes ni siquiera les hicieron detener.

Jean Louis aminoró la marcha.

La policía francesa les hizo ademán para que continuaran, pero uno de los guardias del lado suizo levantó la mano.

Ella reprimió su temor, procurando fingir una absoluta tranquilidad. Después de todo, si descubrían el dinero, podía alegar perfectamente que ignoraba su presencia en el coche, que sería lo mismo que diría Jean Louis.

Claro que... no iba a faltarles quebraderos de cabeza.

El policía fronterizo pidió la documentación a Jean Louis, que ya la llevaba preparada.

—El coche es de un amigo... Aquí tengo su permiso y la documentación.

El policía examinó profesionalmente los papeles, que devolvió en seguida.

—Un momento... ¿Tiene algo que declarar? —preguntó el agente.

—Nada.

—Aguarde.

El policía fue hacia atrás, y abrió la maleta del coche.

Ella le miraba a través del retrovisor.

Jean Louis silbó una melodía, esperando a que el policía cerrara la maleta, y les diera orden de continuar.

Pero el agente tocó la manta y la apretó. Luego la separó hacia un lado, y alargó la mano hacia la rueda de recambio.

Estaba a punto de descubrir lo que prácticamente estaba a la vista: la caja metálica, con el millón y pico de francos nuevos....

Alguien llamó al policía. Era un compañero.

El hombre desistió de mirar nada, porque, en verdad, la maleta no daba la impresión de contener más de lo que se veía.

Dejó de buscar, cerró y, con un ademán, indicó a Jean Louis que podía continuar el viaje. Ella disimuló un suspiro de alivio.

Jean Louis dio una punta de gas y cruzó definitivamente la divisoria entre las dos naciones.

¡Ya estaban en Suiza!

El auto enfiló un momento por la autopista para luego tomar ya la carretera de Berna.

A poco de adentrarse por el vecino país, comenzó la zona montañosa, y con ella, las curvas.

El «Ford» seguía perdiendo líquido....

Jean Louis conducía ahora por una sinuosa carretera que ascendía de forma pronunciada. Al otro lado empezaba el descenso, con las peligrosas y cerradas curvas.

La huella del líquido iba quedando sobre el asfalto de la ruta.

Capítulo X

SUIZA no es un país donde la gente suele trasnochar.

A las once de la noche no resultaba nada extraño ver las calles de Berna completamente desiertas.

—Iremos directamente al hotel que indicó Lambert —había dicho Jean Louis—. Seguro que nos estará esperando.

—Por lo menos, que nos pague el alojamiento.

—Todavía me queda algún dinero.

—Pero él tiene más que tú... En fin, no quiero discutir contigo. Después de todo, ha sido un paseo magnífico....

Seguía siendo un paseo magnífico porque todavía estaban en la carretera.

Quien había llegado en un avión de la noche era Pierre Delorme.

Sí. Pierre Delorme estaba en Berna también. ¿Simple coincidencia?

Desde la ventana de su hotel, observaba la desierta calle. Parecía aguardar algo, o a alguien.

Y el «Ford» seguía recorriendo las últimas curvas de la carretera.

Jean Louis dominaba perfectamente el volante, sin acusar el cansancio de las largas horas de conducción.

Por fin, llegó una recta, y aceleró a fondo.

—Bueno, tampoco es necesario que corramos tanto, ya no viene de minuto más o menos.

—¿Tienes miedo a la velocidad? —sonrió él.

—No. Eres el mejor conductor....

Sí... Jean Louis era un gran conductor pero a veces ni el mejor es capaz de evitar un accidente, cuando lo que fallan son los frenos.

Y los frenos podían fallar, de un momento a otro....

Sin embargo, llegaron a Berna.

Eran las once y cuarto cuando el descapotable entraba en el garaje del hotel.

Poco después, el joven se dirigía a la recepción.

—Deben tener una reserva a nuestro nombre —dijo Jean Louis, sacando su tarjeta de identidad.

La muchacha mostró igualmente la suya.

—Dos habitaciones individuales, en efecto —repuso el encargado.

—¿Dos? —inquirió, extrañado, el joven.

Claire sonrió pícaramente.

—Dos, una a nombre suyo y otra a nombre de la señorita. ¿Quieren firmar las fichas? Aquí, por favor.

—Lambert es muy decente —murmuró Jean Louis, mientras firmaba.

—¿Traen equipaje? —inquirió el recepcionista.

—Esto es todo mi equipaje. —Y ella mostró su bolso de viaje.

—El mío lo llevo puesto. Si quiere cobrar por adelantado... —adujo Louis.

—Sus alojamientos están pagados —repuso el del hotel.

Llamó para que un mozo de noche les acompañara a sus respectivas habitaciones.

Pero antes de que Jean Louis llegara a la escalera, del umbral de la puerta que comunicaba con el bar del hotel, vio surgir al americano, y se dirigió hacia él.

La muchacha siguió al mozo para dirigirse a su habitación.

—¿Quieres tomar una copa? —invitó Lambert a Jean Louis.

—No vendrá mal.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien.

—¿Y el coche?

—Lo dejé en el garaje. Está bien, aunque más sucio de cómo a usted le gusta.

—Esto tiene fácil solución. Mañana haré que lo laven.

Jean Louis se sentó en la barra del bar. El americano le entregó un sobre alargado.

—¿Qué es? —inquirió el mecánico.

—Tu pasaje para que puedas regresar a París. Sólo tienen que ponerte el sello de salida.

—¿Sólo uno?

—La chica no es cosa mía.

—No, claro....

—Ahora, devuélveme las llaves del coche.

—De acuerdo.

Jean Louis metió la mano en el bolsillo, y se las entregó.

—Me había encariñado con él. Es un buen «cacharro».

—Si otro día necesito que me lo laves, te avisaré. Luego iré a echarle un vistazo. Entretanto, y apenas ella había entrado en la habitación que le había sido reservada, llamaron a su puerta.

—Adelante. Está abierto.

Se sorprendió porque esperaba a Jean Louis, pero no al hombre que apareció en el umbral. Era Pierre Delorme.

—¿Tú aquí! ¿Qué haces en Berna?

—¿Te sorprende, verdad? Querías darme esquinazo. Habéis preparado esto entre tú y Jean Louis. Uno no puede fiarse de las mujeres

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Crees que estoy aquí por gusto?

—No sé lo que tramáis... pero yo no estoy dispuesto a quedarme sin mi parte. No he dejado de ser honrado para que una mujer se aproveche de mi estupidez.

—Pierre... te recuerdo que la idea del robo no partió de ti, sino que fue mía... Yo te expliqué el modo de llevarla a cabo y te aconsejé que te valieras de Anastas....

—Y quedamos en ir a medias.

—Y todo sigue igual, querido. Pero conseguirás que me enfade. —Se interrumpió para preguntar bruscamente—. Pero... ¿cómo demonios supiste que yo estaba aquí?

—Porque estaba intranquilo y, después de colgar el teléfono, decidí ir a Deauville. Alquilé un coche y fui al casino. Alguien me informó que habíais marchado hacia Suiza....

El informante de Delorme había sido el encargado del garaje, que había sido testigo de la conversación, pero no mencionó para nada a Lambert.

Y Delorme concluyó diciendo:

—Aquel tipo sabía, incluso, el nombre del hotel al que os dirigíais. Regresé a París, y esta mañana he tomado el primer avión.

—Si la policía te busca en Alsacia, y no te encuentra, pensarán que has huido. Te estás complicando la vida.

—En la caja hay un millón trescientos cincuenta mil francos nuevos, Claire... Por la mitad de esto, vale la pena arriesgarse. ¿No te parece?

—Será mejor que vuelvas, Créeme.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué habéis venido?

—Porque Lambert apareció en Deauville, vio su coche, y ya puedes figurarte lo que ocurrió. Inculpó a Jean Louis, y luego, prácticamente le obligó a que le trajera el coche hasta aquí.

—¿Por qué no sacaste el dinero de la maleta, y regresaste a París?

—Porque no tuve ocasión de hacerlo. Además, tampoco me disgustaba hacer este viaje. Esto, en cierto modo, simplifica las cosas, ¿no crees? Ahora podré depositar mi parte en un Banco suizo.

—¿Y la mía?

—Bueno... Haz lo que quieras con ella. Es tuya.

—Quiero ver el dinero.

—Sigue en el coche, querido, y está en el garaje.

—Bajaré un momento.

—Yo que tú no lo haría. Supón que Lambert te descubre. Le extrañará verte aquí. Recuerda que él te conoce, y también Jean Louis. Parece que estemos en familia. ¿No crees?

El cajero rezongó algunas palabras ininteligibles, y ella añadió:

—Tú eres al único a quien no conviene que puedan ver aquí. Todos los demás podemos justificar perfectamente nuestra presencia en Berna. Tú, en cambio, no tienes ninguna excusa. Créeme, sigue en la habitación. Yo sacaré el dinero, y luego repartiremos pero no, ahora. Yo también tengo buen cuidado con mi parte. Y si hasta ahora todo ha salido bien, no tenemos por qué arriesgarnos. Vamos, Pierre, estoy cansada, déjame ya.

El banquero la observó un momento en silencio, Ella comenzaba a quitarse las medias.

Seguía observándola.

—Me gustas, Claire. Me gustas. Te hice caso, cuando me insinuaste la posibilidad del robo porque pensé que en la vida... había muchas cosas bellas, que yo desconocía todavía y entre estas cosas bellas figurabas tú....

—¡Oh, Pierre! Ahora vas a ponerte sentimental.

Él se aproximó.

Ella se quitó la otra media, y comenzó a desabrocharse la cremallera del vestido.

—¡Claire!

—¿Me vas a dejar descansar, Pierre? Anda, sé bueno; ya tendremos ocasión de hablar, ¿eh? Anda, sé buen chico.

El la miró, resignado, y por fin dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta. Se volvió para ver una vez más, a la muchacha.

—Pierre... No está bien que me espíes. Lo nuestro fue sólo un pacto comercial. Yo no entraba para nada en el asunto. Lo convinimos así, ¿eh?

—Mañana... mañana hablaremos —repuso él, y salió de la habitación, pero no para volver a la suya, sino para ir al garaje. El dinero le obsesionaba, y quería verlo, tenerlo entre sus manos.

Llegó hasta la planta baja.

El *hall* estaba desierto. Había luz en el bar, donde, además de Jean Louis y el americano, había únicamente otro cliente.

Cruzó, rápido, para dirigirse a la puerta que comunicaba con el garaje, sin necesidad de salir a la calle.

Cuando estuvo en el mismo buscó el descapotable.

Estaba allí, cerca de la pared. Sonrió.

A aquellas horas, no había nadie que vigilara. Pierre Delorme avanzó hacia el coche, y abrió la maleta.

Tuvo un sobresalto, al ver que aquello estaba cambiado de como él

lo había dejado, pero en seguida comprobó que la pesada caja metálica estaba más atrás, tapada con los trapos de la limpieza y con la rueda.

Era una caja con cerradura automática. Para abrirla sólo había que dar media vuelta a la llave, y él llevaba consigo una de las llaves. Para cualquier otro, bastaba con forzar la cerradura.

Pierre Delorme dio la vuelta a la llave, y la tapa se abrió. Allí estaba el dinero. El millón trescientos cincuenta mil francos.

Los billetes estaban bien colocados en los distintos casilleros. Los había de mil, de quinientos, de cien, de cincuenta, de diez y de cinco. Todo menos calderilla. Billetes usados sin constancia de su numeración, billetes cuya procedencia sería imposible averiguar.

Un millón trescientos cincuenta mil francos nuevos. Sí... Toda una fortuna.

El ruido de unos pasos y las voces de dos hombres hablando, le hicieron cerrar bruscamente la caja. Tuvo el tiempo justo de ocultarla y cerrar apresuradamente la maleta.

Luego, tuvo que esconderse entre unos coches, mientras Lambert y Jean Louis aparecían por la puerta.

—Quiero que lo vea usted mismo, señor Lambert. Su «Ford» sigue en perfectas condiciones —decía el joven mecánico.

Avanzaron hacia el coche. Delorme seguía escondido, agazapado. Si le vieran allí, no sabría cómo justificar su presencia.

Capítulo XI

LAMBERT examinó el auto, y quedó satisfecho. Luego, abrió el maletero y echó una ligera ojeada, sin tocar nada.

—Muy bien. Ahora, dormiré más tranquilo. Aprecio mucho este coche. Me ha traído buena suerte. Para ti quizá esto te parezca una tontería, pero es el más caro que he tenido, y desde que lo poseo, los negocios marchan mejor que nunca. Con él... he ido a muchos sitios, he llevado a gente importante, a mujeres hermosas. Sí... comprendo que, para un joven como tú, sea una tentación. Pero mi consejo, muchacho es que, cuando codicies algo trabajes para conseguirlo, más no trates nunca de apropiártelo.

—Yo nunca pensé en apropiarme de su coche señor Lambert.

—Lo sé, lo sé. También he sido joven, pero un día me dije que saldría de la pobreza, y lo he conseguido. Ahora, soy un hombre importante y con buena posición. Pero no por ello dejo de pensar en la forma de conseguir más dinero. Es el único sistema de que nunca se agote. Anda. Vamos a tomar la última copa.

El cajero suspiró tranquilo, cuando vio desaparecer a los dos hombres.

Una hora más tarde, llegaron los escasos clientes que habían salido para ver algún espectáculo. Luego, a la una de la madrugada, reinaba el más absoluto silencio.

Sin embargo, no todos los clientes del hotel dormían.

Alguien salió sigilosamente de su habitación, y cruzó el corredor, sin hacer el menor ruido.

Aquella persona, quienquiera que fuese, se dirigía al garaje. Cruzó él *hall* procurando que el conserje nocturno no pudiese verle.

Luego, continuó su camino hacia su objetivo. El descapotable.

Unas manos ágiles abrieron el maletero del coche y avanzaron hacia la caja que contenía el botín.

* * *

En Suiza se madruga, incluso los domingos.

A las ocho de la mañana, Claire no estaba en su habitación. Jean Louis lo supo cuando la llamó a las nueve y pico de la mañana. La

camarera del piso le informó:

—Bajó a desayunar a las ocho y se marchó, señor.

—¿Se marchó?

—La vi salir.

—¿Tan temprano? Bueno —se encogió de hombros, y bajó al restaurante para tomar el desayuno.

Apenas entró, se encontró con el americano.

—¿Dónde está tu amiga? —le preguntó.

—Acaban de comunicarme que ha salido.

—Es muy madrugadora. ¿Quieres venir conmigo? Si no tienes nada que hacer, conocerás Berna. Tengo que ver a un par de amigos.

—¿En domingo?

—Cualquier día de la semana es bueno para realizar un buen negocio. ¡Vamos, llevarás el coche que tanto te gusta!

—Prefiero esperar a Claire, si no le importa,

—Como quieras. ¿Has decidido cuándo te vas?

—Hablaré primero con ella.

—Llama primero a la agencia para saber el horario de los aviones, si es que quieres estar mañana en París para ir a tu trabajo.

—Claro que quiero.

—Pues no lo demores. Piensa que tienes que hacer la reserva con tiempo, por si acaso. —Lo haré.

Tomó asiento a una mesa con vistas a la calle, por encima del garaje.

Lambert salió, y luego, cuando ya Jean Louis tenía ante sí el insípido café suizo, vio salir el descapotable.

En aquel momento, y de un bar de la otra esquina, vio salir a alguien, al que tuvo la sensación de conocer. En aquellos momentos no podía precisar pero supo que se trataba de una persona conocida.

Era Delorme, en efecto. Delorme, que subió a un taxi, el cual se puso rápidamente en marcha.

Jean Louis, observador por naturaleza, se fijó cómo el taxi arrancaba tras el «Ford». Instintivamente, el joven mecánico dejó el desayuno, y se precipitó a la calle.

Llamó a otro taxi, unos segundos más tarde.

—¡Oiga! Siga por esa calle. Ya le indicaré el camino.

El chófer puso en marcha el auto, y siguió calle adelante.

Jean Louis trataba de encontrar, con la mirada el taxi que seguía al descapotable.

—¿Puede ir un poco más de prisa? —pidió.

No había mucho tránsito, y el conductor aceleró.

Jean Louis vio al «Ford» doblar una esquina, y descubrió también el taxi.

—Por allí. Hay un coche americano. Le sigue un taxi. No los pierda de vista, pero no deben darse cuenta de que los seguimos. ¿Ha comprendido?

El taxista asintió.

El «Ford» no iba demasiado de prisa, y el taxi seguidor iba tras él a prudente distancia; lo mismo hacía el conductor del coche que llevaba a Jean Louis.

El descapotable dobló por otra esquina, y luego enfiló por una calle ancha, cruzando una zona ajardinada.

Por fin, se detuvo en una plaza. El taxi donde viajaba el cajero se paró también a cierta distancia.

—Aguarde —pidió Jean Louis al conductor, que también había frenado.

Transcurrieron un par de minutos, y Lambert salió del edificio al que había entrado y volvió a meterse en el coche, que puso en marcha para conducirlo hacia el interior de otro edificio contiguo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jean Louis.

—Un aparcamiento privado, señor. Reservado únicamente para los propietarios de esos edificios de apartamentos. ¿Dónde quiere que le lleve?

—¡Un momento!

En aquel instante, Delorme bajaba del taxi. Jean Louis le reconoció.

—Pero si es... el cajero de....

—¿Decía algo, señor? —preguntó el conductor.

—No, nada. Me quedo aquí. Sólo tengo moneda francesa. ¿Puede aceptarla?

—Bueno, si no tiene nada más....

Le entregó un par de billetes.

—Tome, guárdese la vuelta.

Salió del taxi, y siguió a Pierre Delorme por la acera. El cajero parecía llevar intención de meterse en el aparcamiento privado.

Jean Louis le seguía, procurando que el otro no pudiera darse cuenta.

El cajero se metió definitivamente en el edificio. El joven aguardó unos instantes, y entró también.

Poco después, Delorme se mezclaba entre los abundantes coches aparcados en el inmenso interior.

El «Ford» de Lambert no era el único automóvil americano. Había otros, y también abundaban los «Mercedes», «B.M.W.», «Opel». La mayoría eran modelos caros, propios para gente adinerada.

El descapotable estaba en una hilera hacia el centro. Pierre Delorme llegó hasta allí, y abrió la maleta del coche.

Jean Louis, agazapado, se aproximó. Asomó un momento, y vio a Delorme remover el interior de la maleta.

Avanzó hacia él, y exclamó:

—¿Qué diablos está buscando en ese coche, señor Delorme?

—¿Eh? —El cajero se revolvió, con la misma expresión del ladrón cogido con las manos en la masa.

Jean Louis clavó los ojos en Delorme. En aquellos momentos, no atinaba a comprender el motivo de su presencia en Suiza ni por qué había abierto el portaequipajes del vehículo americano.

El silencio apenas si se prolongó quince segundos, pero aquel tiempo llegó a parecer a los dos hombres toda una eternidad.

—¿Qué buscaba ahí? —repitió Jean Louis.

—No... nada, nada. Fue... un error.

—¿Un error? Usted siguió el auto de Lambert. Le vi, desde el hotel.

Delorme estaba pálido. Retrocedió.

—No diga nada de esto, muchacho. Usted no lo entendería, usted....

—Pero... ¿Qué es lo que oculta?

De pronto, el cajero reaccionó de forma extraña:

—Me han engañado. Y usted lo sabe. Usted está en el juego. Confiéselo, Jean Louis. Anoche Claire me contó un cuento. Usted está de acuerdo con ella. ¡Todos están de acuerdo!

—¿De qué está hablando?

—La caja... La caja. Anoche estaba ahí en el portaequipajes. Yo mismo la tuvo entre mis manos. Y estaba el dinero. Todo el dinero.

—¿Qué....?

—No finja conmigo, Jean Louis. No finja... Usted también lo sabía. ¿Por qué estaría aquí si no? ¿Qué puede hacer un hombre como usted en Suiza? ¡Malditos todos! Me habéis engañado. Yo he dado la cara, y vosotros os proponéis disfrutar el dinero.

Poco a poco, la mente de Jean Louis iba uniendo las piezas de lo que en principio parecía un rompecabezas.

Delorme le hablaba de la caja, del dinero... y estaba buscando en el maletero del descapotable....

—«La caja». «El dinero»....

De pronto, todo se hizo bastante claro para el joven.

—Cielo santo. El dinero del Banco. Anastas... Anastas era cómplice suyo.

—Usted lo sabía... Todos lo sabían... Yo me confié demasiado. Yo me....

—Delorme... Usted es un ladrón, y dice que habló con Claire. Eso quiere decir que... ¡Hable, Delorme!

Hable, porque yo también estoy metido en esto, y sospecho que soy

el que menos sabe del asunto.

Avanzó hacia él, pero Delorme metió, rápido la mano en el bolsillo de su abrigo, y extrajo una automática.

—¡No! ¡Quieto! No dé un paso más.

—¡Delorme!

—¡Quieto!

Montó la automática, y apuntó, resuelto.

Jean Louis quedó inmóvil unos momentos.

—Cuéntemelo todo, Delorme. Cuéntemelo ahora mismo.

—No hay nada que contar. Uno de ustedes ha robado la caja... Estaba ahí....

—Quiere decir que... la caja estaba en la maleta del coche.

—Sabe que sí.

—¡No! Yo no sé nada, Delorme. Nunca he sabido nada. ¡Y he llevado el producto del robo en el «Ford» durante todo el camino! Desde Deauville hasta Berna. —Volvió a avanzar.

La automática de Delorme produjo un chasquido, que advirtió al joven que era mejor detenerse.

—Usted tenía que saberlo.

—No, Delorme —negó el joven—. Yo no sabía nada. Se lo aseguro. Pero ahora empiezo a ver claro. Claire tenía tantos deseos de que yo tomara el «Ford»... Ahora comprendo lo que se ocultaba tras esos deseos. Era todo un truco... un truco para estar cerca del dinero.

—¿De veras ella no le dijo nada?

—Se burló de mí. ¿Está más satisfecho ahora?

—Se ha burlado de los dos. Porque la caja no está en la maleta.

—¿Dice que anoche estaba?

—Cuando usted y Lambert bajaron al garaje, yo estaba escondido. Un momento antes, había tenido el dinero en mis manos.

Jean Louis pensó en la temprana marcha del hotel de la muchacha.

—La encontraré. Encontraré a Claire —y dio la vuelta, dispuesto a entrar en el descaptable.

—¡No, quieto! Usted no puede ir a ninguna parte. Ahora, ya sabe demasiado.

Se volvió hacia el cajero.

Vio ante sí a un hombre desesperado... En casos como aquél, era mucho más peligroso hallarse frente a un cobarde que ante un aventurero corriente... Los cobardes, en su desesperación, son capaces de todo... incluso de matar, y Delorme estaba en esas circunstancias.

—¿Qué es lo que pretende Delorme? ¿No cree que ya tiene suficiente con haber sido cómplice del robo? No empeore su situación....

—Nadie tiene por qué saberlo, Jean Louis, y sé que usted hablaría...

Sí... Está en muy buenas relaciones con el inspector. Yo... Yo me quedaré sin el dinero, pero usted no hablará, no le permitiré que destroce mi vida para siempre. ¿Comprende? No... no irá a ninguna parte....

Y su automática se movía en su diestra nerviosa.

Jean Louis calculó que, de un momento a otro, Delorme podría disparar. Sí, dispararía para evitar que hablara, que contara cuanto sabía.

—Seamos razonables Delorme. Yo... puedo callar, pero la policía no es tonta.

Trató de avanzar, y hablaba suavemente para ganar tiempo, para distraer a Delorme de sus intenciones.

—No, Jean Louis. No se mueva —repuso el cajero.

—Delorme... compréndalo usted mismo. Si dispara, no tendrá salvación.

Y mientras hablaba, Jean Louis buscaba un medio para librarse de la amenaza que suponía aquella arma, en manos tan nerviosas.

Se fijó en el suelo. Junto a una de las hileras, había un saliente. Era la boca de salida de agua, seguramente para casos de incendio, y también para limpiar el garaje.

El pie de Delorme estaba muy cerca. Si consiguiera hacerle retroceder un par de pasos más... Si el cajero tropezara con aquello... Jean Louis calculaba los precisos movimientos que tendría que efectuar para saltar sobre él, y tratar de arrebatarle el arma.

—Piense, Delorme... —dijo un paso adelante.

El viejo retrocedió. Quizá la idea de matar también le asustaba a él, quizá pensaba en las consecuencias.

—Piense... Usted no es un asesino. Ha dado solamente un paso en falso, pero no es un asesino. Todavía puede rehacer su vida.

—¡Quie....!

No completó la frase.

Delorme había retrocedido, tropezando en aquel preciso instante con el saliente de la boca de agua.

Jean Louis no perdió ni un segundo. Saltó sobre él, procurando que su primer movimiento desviara el brazo armado del cajero.

Delorme apretó el gatillo de la automática, y salieron un par de balas inofensivas porque se incrustaron en el techo del recinto.

Jean Louis continuó forcejeando para desarmar a su rival.

Con más fuerza y mayor agilidad, le golpeó el brazo contra la chapa del automóvil, en la que el cajero se apoyaba y, soltando una exclamación, dejó caer el arma.

Jean Louis le sacudió eh la boca del estómago primero, para soltarle un buen directo en la mandíbula a continuación.

Delorme saltó, empujado hacia atrás, y fue a caer contra otro coche.

Al ver que Jean Louis se precipitaba hacia él, se levantó y echó a correr.

—¡Delorme! —llamó.

Pero el cajero corría desesperadamente, entre los coches para huir del acoso del joven, para escapar, sin saber exactamente dónde. Se encontraba atrapado y que ría salir de allí.

Jean Louis corría más que él y trataba de ganar la ventaja que el otro le había tomado.

Delorme ganó la calle, y dobló por la primera es quina, confundiéndose con la gente que comenzaba a llenar las aceras. Cruzó, raudo, la calzada, sorteando los coches que tenían que frenar para no atropellarle.

Jean Louis le perdió de vista durante algunos segundos y el cajero pudo aumentar su ventaja, echando por una estrecha calle hasta salir al otro lado.

Allí tomó un taxi.

Y entretanto....

Capítulo XII

ENTRETANTO, en el hotel, Lambert regresaba a su habitación. Allí estaba ella, Claire.

—¿Todo solucionado? —preguntó ella, sonriente.

—Casi. El viejo ha venido a complicar las cosas.

—Eso no importa. El no hablará, por la cuenta que le tiene. Si confiesa, tendrá que decir que estaba de acuerdo con Anastas, y eso le supondría la cárcel y el descrédito....

—No es por el viejo por quien me preocuparía yo.

—¿Jean Louis?

—Exacto.

—Jean Louis no sabe nada.

—Quizá no, pero yo no estaría tan seguro al menos, en estos momentos.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche, cuando me dijiste que Delorme estaba aquí pensé que lo más importante era quitárnoslo de encima. Lógicamente, a Delorme lo único que le interesa es el dinero. Así que mientras supusiera que los francos se hallaban en mi descapotable, su única obsesión sería no perder de vista el coche. Por esto hace apenas media hora, cuando salí del hotel, lo hice con el propósito de que me siguiera. Y lo ha hecho.

—Entonces, debe haber averiguado que el dinero no está en la maleta. Si es así, vendrá aquí. Es mejor que nos larguemos.

—Cálmate, querida. He dicho que no era solo Delorme quien me preocupaba, porque Jean Louis también me ha seguido. Bueno, supongo que él siguió a Delorme, al ver que andaba detrás de mi coche. Iba tras él cuando salí del aparcamiento. Apuesto a que se han encontrado. Es posible que Delorme le haya dicho la verdad a tu joven amigo... y esto te complicaría bastante la vida. ¿No crees?

Ella dudó un momento.

—Si Delorme confiesa que pensaba repartir el dinero contigo, Jean Louis... cuando regrese a París, hablará con la policía.

—No lo sé....

—Se sentirá despechado, Claire.

—No es un delator.

—Por si acaso, creo que sería mejor que te olvidaras de ese dinero. Tú no vas a poder disfrutarlo. En cambio, yo estoy al margen de todo. A mí nadie me relaciona con el caso y, en realidad, fui yo quién lo ideó todo. ¿Recuerdas?

—¿Qué quieres decir? Yo cumplí lo pactado hasta el final....

—Querida... los mejores negocios son los que se hacen solos. ¿Comprendes?

—¿Qué estás tramando?

—Quedarme con todo. Así lo pensé, desde el primer momento.

—Eres un canalla, pero no cuentes con que te devuelva la caja... No te la daré.

Lambert sacó un revólver del bolsillo. Era un arma del calibre 22, muy segura.

Apuntó a Claire, sin ningún miramiento.

—Sí me la darás, querida. Anoche fuiste a sacarla del coche, la guardas tú. Ahora, pasará a mí poder. A cambio... te regalo mi descapotable. Es un buen coche. —Metió la mano libre en el bolsillo y sacó un sobre.

—Aquí tienes. La documentación a tu nombre. Sólo tienes que firmar. Ya ves que no sales tan mal librada. Pero el dinero tiene que ser para mí —amartilló el revólver.

Ella sonrió con desprecio.

—Tú lo planeas todo, te quedas en la sombra, y ahora lo quieres íntegro para ti.

—Hay que saber organizar las cosas... un «Ford», una muchacha ambiciosa, un mecánico enamorado, un cajero imbécil. Fue cuestión de ir poniendo en orden las piezas para que todo saliera bien. No soy el único canalla... ya lo sabes. Delorme pretendía dar esquinazo a Anastas, tú pretendías engañar a Delorme. No te enfurezcas si yo también tenía mis planes. Vamos, dame esa caja.

Ella abrió el bolso. Allí le cabía justo la pesada caja metálica, que el cajero había vuelto a cerrar la noche anterior.

—Aquí tienes. —La arrojó a sus pies.

—¿No tendrás la llave, por casualidad?

—No, querido. Tendrás que pedírsela a Delorme aunque no creo que cueste mucho hacer saltar esa cerradura. Esto no es una cámara acorazada.

—De acuerdo, querida. Recoge los documentos, y vete. No trates de esperarme... Coge el coche, pero sigue mi consejo. No vuelvas a Francia.

Ella avanzó hacia la puerta.

—Haré lo que me convenga.

—Si me denuncias... tú caerás también.

Ella sonrió enigmáticamente, y salió de la habitación del que tan calladamente lo había planeado todo, desde el primer instante.

Sólo los eternos imponderables embrollaron un tanto las cosas, en los últimos momentos, pero el resultado final era el mismo para Lambert, y el americano dejó el revólver sobre la cama, y sopesó la caja. Sonrió al tenerla entre sus manos. La dejó un momento sobre la mesita, y cogió un cuchillo para entretenerse seguidamente en forzar la cerradura.

A un lado, tenía su equipaje preparado. Una maleta, tan solo.

Mientras estaba tratando de abrir la caja, sonó el teléfono. Era de conserjería.

—Tiene el taxi abajo, señor.

—En seguida salgo.

—¿Quiere que subamos por el equipaje?

—No. No tiene importancia.

—Le aconsejo que se dé prisa, señor. El tren para Zurich sale dentro de veinte minutos.

—Muchas gracias.

Nadie dio importancia al hecho de que en aquel instante hubiese entrado otro cliente del hotel: Delorme.

Pero Delorme no pidió la llave de su piso, pero sí se precipitó apresuradamente hacia la escalera.

Fue directamente a la habitación que la noche anterior ocupó Claire. No estaba....

Pensó en el americano. No descartaba la posibilidad de que él también tuviera que ver en el asunto.

Recordaba haberle visto entrar en la doscientos veintisiete. Allí, en la misma planta segunda.

Y Lambert, en aquellos momentos, recogía sus objetos personales, que distribuía entre sus bolsillos.

Cuando todo lo tuvo preparado abrió la maleta para depositar la caja del dinero.

No había querido perder más tiempo en abrirla. ¿Para qué? Lo haría tranquilamente en Zurich. Tenía todo un día para hacerlo. Luego el lunes, a primera hora, depositaría el dinero en el Banco.

Fue entonces cuando la puerta se abrió bruscamente.

Era Delorme.

—¿Qué diablos....? —empezó el americano.

El cajero había visto perfectamente la caja.

—¡Usted! Usted la tiene —exclamó.

Lambert volvió su mirada hacia el revólver del 22, que seguía sobre la cama.

Iba a precipitarse hacia él.

El cajero había seguido con su mirada, los ojos del americano. Vio el arma. Él estaba más próximo, y saltó sobre ella.

Los dos hombres forcejearon unos momentos.

El americano era más fuerte, más ágil, pero Delorme poseía la fuerza de los desesperados, de los que luchan sin nada que perder ya.

La escena se prolongó por espacio de unos segundos. Delorme dio un tirón y consiguió el revólver.

El americano saltó hacia él, como una ñera.

—¡Suelte....! —gritó.

Delorme oprimió el gatillo.

Una vez, dos....

Hasta cuatro disparos retumbaron por todo el hotel.

Lambert se enderezó con la sorpresa reflejada en su rostro. Dio unos pasos hacia atrás, tratando de aguantar el equilibrio, pero era inútil. Las cuatro heridas eran mortales de necesidad.

Trató de sujetarse a los pies de la cama cuando las rodillas comenzaron a doblarse hacia adelante.

Sus manos parecieron golpear el vacío. Se agitaron. Por fin, todo el peso de su cuerpo cedió, y quedó tumbado en el suelo, entre un charco de sangre.

El personal del hotel estaba ya en la planta, tratando de averiguar en qué habitación habían tenido lugar aquellas cuatro explosiones.

Delorme se levantó precipitadamente. Se echó sobre la caja que tan bien conocía. No se preocupó en absoluto de ocultarla. En aquellos momentos, sólo pensaba en huir, pero en huir con el dinero. Y el dinero estaba allí.

Salió de la habitación, atropellando a la gente, que se aproximaba.

—¡En la doscientos veintisiete! —gritó alguien.

—¡Detengan a ese hombre! —exclamó otra voz.

—¡Atrás, fuera todos de mi camino! —espetó Delorme, esgrimiendo el revólver de Lambert, que seguía conservando en su mano.

Se precipitó hacia la escalera y, saltando los escalones, alcanzó el primer rellano. Luego la primera planta, para seguir hacia abajo.

Un camarero trató de salirle al paso, pero Delorme disparó, y el camarero, herido en un brazo, cayó hacia un lado.

El cajero alcanzó la planta baja del hotel justo en el momento en que Jean Louis se apeaba de un taxi.

Había alguna gente ante la puerta. Gente que habían oído los disparos, y que luego observaron el movimiento que tenía lugar en el interior.

Delorme salía a la calle, amenazando a todo el mundo.

—Fuera, fuera.

Miró hacia atrás para cerciorarse de que nadie le seguía, e incluso disparó para amedrentar a quienes intentaran ir tras él.

En su precipitación, cruzó la calzada sin mirar.

El coche que venía lanzado, no tuvo tiempo de frenar.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Cuando chirriaron los frenos, era ya demasiado tarde. Delorme vio el peligro. Levantó las manos, como si quisiera conjurarlo. Cerró sus ojos y recibió aquel terrible golpe, que le lanzó varios metros lejos.

Sus gafas se hicieron añicos, la caja quedó en el suelo junto a él, y también el revólver.

El conductor del auto bajó, exclamando:

—Se ha metido debajo de las ruedas. Todos han podido verlo.

—Déjenme pasar. Soy médico —dijo otra voz—. Que alguien llame una ambulancia. Dense prisa.

Y el médico se aproximó a Delorme.

Al ser embestido por el coche, cayó de cabeza. Había sangre a su lado, mucha sangre.

Jean Louis se aproximó, y aguardó a que el médico dejara de auscultar al accidentado.

—No es necesario que se den prisa —murmuró—. Este hombre está muerto.

Capítulo XIII

LA gente seguía en derredor del cadáver de Delorme, cuando Jean Louis se inclinó hacia la caja. Del bolsillo del cajero había surgido un manojo de llaves. Las tomó y buscó la que correspondía a la caja. Era fácil dar con ella.

Introdujo la llave en la cerradura, y dio la vuelta para abrirla.

Cuando la tapa dejó al descubierto el interior, no había nada.

Si Jean Louis esperaba encontrar el millón y pico de francos, se llevó una decepción porque la caja estaba vacía.

Miró hacia arriba, hacia el edificio del hotel, y tuvo un súbito presentimiento.

—¿Conocía usted a ese hombre? —le preguntó alguien.

—Era paisano mío. Francés, como yo, pero no... no le conocía. Nunca se llega a conocer a la gente.

Hablaba, pensando en otra cosa.

En la caja vacía, en Delorme, muerto inútilmente, muerto por recuperar una caja sin más valor que lo que hubieran pagado por ella.

Pensaba por último, en Claire, y para sus adentros, repitió:

«¡No! Nunca se llega a conocer a las personas. Al menos, a ciertas personas».

Pensó que el «Ford» descapotable estaba en aquel aparcamiento. Recordaba el camino, y ya no dudó ni un instante.

Salió entre la gente, y llamó un taxi. Dio las señas al chófer, y se hizo conducir a aquel lugar.

Allí era exactamente donde se encontraba Claire, en aquel instante. Dentro ya del descapotable, con una sonrisa fresca en sus labios. Una sonrisa de triunfo.

Llevaba otro bolso. Lo abrió. Allí estaban los fajos de billetes.

¡Ella también tenía una llave! Y la noche anterior, cuando fue a recoger el dinero del maletero, para tenerlo más seguro, tuvo la precaución de abrir la caja y asegurarlo por completo, metiéndolo en el otro bolso. —«Te creías muy listo, Lambert...» —sonrió.

Cerró el bolso, después de haber acariciado los billetes, y volvió a pensar en voz alta:

«A mí también me gusta trabajar sin socios, y a ti te vi venir en seguida... Por eso tomé mis precauciones».

Y ahora tenía, incluso, el coche para ella sola, suyo en propiedad. Soltó una risa, que degeneró en una de sus cascabeleras carcajadas.

Dio el encendido para sacar el descapotable del aparcamiento.

Jean Louis estaba todavía a medio kilómetro, y en el interior del taxi decía al conductor:

—Dése prisa. Corra más....

—Hago lo que puedo, señor.

Ella había llegado ya a la puerta de salida. Aguardó a que la luz verde le diera paso. Ello permitió que el taxi de Jean Louis pudiera aproximarse otros doscientos metros.

Por fin, salió el descapotable.

—¡Allí está! Siga a ese coche —pidió Jean Louis.

—No puedo ahora, señor. Tenemos luz roja.

—Maldita sea... Debe alcanzarle, debe alcanzarle.

Cuando el taxi pudo pasar, el «Ford» ya había recuperado parte de la distancia, y Claire, al volante, pisaba el acelerador, aunque no demasiado a fondo. Estaba segura, se creía segura.

Dobló para tomar la autopista.

—Parece que toma la autopista de Nauchatel —dijo el conductor a Jean Louis—. ¿Qué hago?

—Sígala adonde vaya. No importa.

El conductor asintió.

—En la autopista, podré correr a tope.

—Así lo espero.

Pero ella la había alcanzado ya. Y allí, aceleró. El «Ford» se puso pronto a los ciento cuarenta por hora, y seguía aumentando la velocidad. Podía llegar hasta los doscientos, y Claire, repentinamente, parecía embriagada por la velocidad.

El conductor con su «Mercedes», aceleró también. El auto podía alcanzar la misma velocidad que el coche americano. Todo lo demás era cuestión de dominio de volante. Durante los primeros minutos, los dos conservaron idéntica distancia, de quinientos a seiscientos metros. Habían pasado al resto y seguían adelantando a todos lo que iban por delante, saltando al canal de la izquierda para volver al de la derecha, según las reglas internacionales.

—Corre demasiado. Ella no tiene práctica —murmuró Jean Louis.

El conductor del taxi no perdía el contacto, y en los últimos segundos incluso pareció que ganaba terreno.

La autopista se elevó suavemente para salvar un desnivel. Más allá había otro puente y una curva abierta, que describía un ángulo de noventa grados.

En aquel momento, un tornillo saltó del motor, algo quedó suelto. La

dirección del «Ford» se negaba a obedecer.

Ella trató de dominar el coche, pero el descapotable se negaba a virar.

¡Algo estaba fallando!

La muchacha puso el pie en el pedal del freno, y el auto se negó a aminorar la marcha.

—¡Algo le ocurre! —advirtió el conductor del taxi.

—Sí. Me estoy dando cuenta.

No podía completar la curva, el descapotable iba a salirse de la autopista.

Claire trató inútilmente de enderezar el volante.

Comprendió que todo era inútil.

A aquella velocidad, era imposible esperar un milagro, y el capó del coche se acercaba a la barandilla del puente.

Todo ocurrió en un segundo.

Fue un dramático espectáculo, de los que tardan en olvidarse.

El coche atravesó la barandilla, y durante varios segundos, a causa de la inercia, voló en el vacío para hundirse definitivamente en el abismo.

Al chocar contra el suelo, estalló como una bomba.

La chatarra, entre llamas y humo, saltó por los aires, mezclada con trozos de carne humana.

Y un bolso por esas causas que parecen carecer de toda explicación, salió despedido, chocando, a varios metros de distancia contra unas rocas.

La fuerza del golpe abrió la pequeña maleta, y el viento esparció al aire los billetes del Banco de Francia.

—¡Dios mío! —exclamó Jean Louis, desde la barandilla del puente.

Aquello era, prácticamente, el fin de la aventura.

Capítulo XIV

JEAN Louis había regresado a París.

En el despacho del inspector que había llevado el caso del atraco, concluyó su relato.

El policía murmuró:

—Tengo el informe de la policía suiza. Todo parece concordar. Y tras un silencio, añadió—. Tres muertos, en unas horas. Tres muertos para nada. Delorme, Lambert y esa chica.

—Delorme —murmuró uno de sus ayudantes—. Cuesta trabajo creerlo. Sin embargo, usted siempre sospechó de él, inspector.

—Bueno, mi deber es sospechar de todo el mundo. Delorme estaba asustado, aunque trataba de disimularlo, y los que disimulan son los más sospechosos. De todos modos sabemos que tenía relación con Anastas. Dimos con su último domicilio. Tenía anotado su nombre y su teléfono. Por una vez, Anastas no tomó precauciones, y, aunque esto quizá no sea una prueba concluyente, demuestra al menos esa relación y después de un atraco, la cosa parece bastante clara.

Jean Louis asintió.

—Bueno muchacho —añadió el policía—. Esta vez creo que el asunto está definitivamente concluso.

—Así lo espero, inspector.

—Lo siento por esa chica. De ella sí que no sospechaba.

—Ni yo.

—No puede fiarse uno de nadie, ¿verdad?

—No, desde luego.

—¿Era su novia?

—No. Era una amiga... Nada importante. Ahora, me doy cuenta de que verdaderamente no era nada importante.

—¿Quiere que le acompañe? Diré a uno de mis hombres que....

—No se moleste, inspector. Iré dando un paseo. Necesito andar un poco.

—Es verdad. Ha hecho muchos kilómetros en coche, últimamente. Un buen coche, aquel descapotable.

Caminaban por el *hall*, en el momento en que un par de agentes de la brigada de homicidios llevaban preso a un hombre.

El detenido se detuvo un momento, al reconocer a Jean Louis. Jean Louis también le reconoció a él.

—Claude —murmuró.

Los agentes le obligaron a seguir.

—Vamos. Entra ahí, y basta de hacer tonterías. No intentes escapar porque no te servirá de nada.

El inspector, viendo la mirada de Jean Louis, preguntó:

—¿Le conoces?

—Sí. Y me alegro que le hayan cogido.

—Está acusado de haber dado muerte a un enano en ese circo ambulante que hay en....

Jean Louis atajó:

—Lo sé, inspector. El golpe iba dirigido a mí.

—¡Vaya! Esto no me lo habías dicho.

—La verdad es que no tuve tiempo de hacerlo.

—Bueno, ahora no quiero molestarte. Estarás cansado, pero puede que te necesite para aclarar esto. Por lo visto, donde hay jaleo, allí estás tú.

—Yo no tengo la culpa inspector. De veras. Estoy cansado de que me ocurran estas cosas. ¿Cómo han pescado a Claude?

—Acosando a preguntas a sus compañeros. Al final, ellos mismos le han delatado.

—Sí. Es mejor así.

—Bueno. Ya hablaremos de esto, si hace falta. Anda. Deberías tomarte un descanso. —Cualquiera se lo pide al patrón. Adiós, inspector.

—Adiós, hijo, y cuídate.

* * *

Para Jean Louis, en lo concerniente a su trabajo en el taller del garaje, aquél fue un día más.

Era como si nada hubiese sucedido.

Ni siquiera los periódicos le mencionaban. ¿Para qué?

No había querido que le hicieran ninguna clase de publicidad.

También tuvo, como casi siempre, la regañina del patrón, por llegar tarde.

—Ya le dije que había tenido que declarar en la policía. No es culpa mía....

—Siempre ocurre una cosa u otra para que nunca seas puntual —rezongó el dueño.

Y Jean Louis hizo su trabajo como siempre. Al mediodía, comió solo en la cafetería de la esquina. Claire ya nunca volvería a ser su

compañera de mesa.

Pero no lo sentía. No. Se daba cuenta de que ella nunca había significado nada serio en su vida.

Y entonces pensó en Ivone.

Era lunes, y el domingo anterior había sido el último día de la actuación del circo. Recogerían las cosas, y aquella misma noche, probablemente, saldrían de viaje.

—Tengo que ir a verla —se dijo.

* * *

La explanada del circo estaba desierta. Se notaba aún el sitio que anteriormente había ocupado la carpa.

Quedaban grandes cubos, cubiertos de basura, de desperdicios.

También podía apreciarse el lugar donde antes estuvieron los carromatos.

El viento levantaba algún papel, y lo elevaba por los aires.

Jean Louis apretó los puños. Le hubiese gustado ver a Ivone. Sí. Ella no tenía complejos, y no más ambiciones que las normales en cualquier persona.

Vio un par de gendarmes cerca de la calle, y avanzó hacia ellos.

—¡Eh, oigan! ¿Saben si los del circo hace rato que se han ido?

—Cosa de media hora. Menudo colapso han organizado en la circulación, con tanto carromato.

—¿Media hora? ¿Hacia dónde han ido?

—No lo sé —contestó uno de los gendarmes.

El otro sí sabía algo más.

—No sé quién ha dicho que se dirigen hacia el Sur. Luego, harán el recorrido de siempre, Italia, España... Lo sé porque tengo dos hijos, y les gusta mucho el circo. —¿Hacia el Sur, eh? ¿Y media hora? —inquirió el joven, como si hablara consigo mismo. El gendarme asintió.

Jean Louis corrió hacia la primera estación de Metro, pagó y se metió en el primer tren. En diez minutos, llegó al final de la línea, justo al sitio donde quería ir.

La caravana acababa de pasar por allí, no hacía ni cinco minutos.

Echó a correr y la alcanzó.

Formaba una larga hilera de vehículos, algo que parecía inacabable, y la marcha resultaba bastante lenta.

Jadeante, llegó hasta el carruaje de Ivone. Ella estaba asomada a la ventana, contemplando las luces cada vez más lejanas del centro de la ciudad.

Agrandó los ojos al ver aproximarse al joven, y corrió a abrirle la

portezuela.

El hombre que conducía el vehículo asomó un momento, y aminoró ligeramente la marcha.

Jean Luis subió arriba.

No medió palabra entre él y la muchacha. Primero, se besaron.

Sí. Con Ivone se sentía mucho mejor.

Cuando la soltó, le dijo simplemente:

—Quédate, Ivone.

Ella sonrió.

—Esperaba que me lo pidieras.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España